IV·EPOCA

APRA

SUMARIO

Problemas e Imperativo de la Unidad Continental,
por Víctor Raúl Haya de la Torre.

La Segunda Revolución Industrial,
por Manuel Seoane.

Balance del Aprismo,
por Manuel Vásquez Díaz.

La Renta Nacional,
por Carlos Capuñay Mimbela.

"A P R A"

Organo Oficial del Partido Aprista Peruano

No. 1 **IV Epoca**

Editado por la Secretaría Nacional de Prensa

Dirigen: NICANOR MUJICA, Secretario Nacional de Prensa.

ROBERTO MARTINEZ MERIZALDE, Subsecretario Nacional de Prensa.

Alfonso Ugarte 1012

LIMA — PERU

Precio S/. 3.00

EDITORIAL

EL presente número de la revista APRA marca la iniciación de una nueva etapa de su vida legal. Han sido muchas las veces que este órgano oficial del Partido Aprista Peruano fuera clausurado por la bárbara arrogancia de las tiranías. De todas sus clausuras resurgió invicta, a cumplir la misión de adoctrinamiento, elevado y lúcido, que le señalaran sus fundadores. Es propósito de la revista, en esta nueva existencia que ahora empieza, mantenerse leal a las normas principistas y periodísticas que le dieron el ser, segura de que sus páginas fueron empasteladas muchas veces, pero que nunca cedieron a la extorsión, a la mentira ni a los intereses contrarios a la salud del pueblo.

APRA apareció, por primera vez, el 12 de octubre de 1930. En la inferior algarabía con que el bando oligárquico triunfante celebraba un retorno al poder, su voz serena, ideológicamente responsable, interesada en principios y no en la socorrida y baja anécdota entonces desbordante, indicó la presencia madura de una nueva conciencia nacional y popular. Unas semanas antes, se acababa de fundar el Partido. APRA fue, durante meses, el órgano exclusivo de la organización naciente y ayudó a crear, con eficacia notoria, el vasto movimiento de trabajadores manuales e intelectuales que irrumpió, con presencia mayoritaria de multitud, en las elecciones de 1931. Al año siguiente era clausurada y su primer director, Serafín Delmar, preso y condenado a veinte años de presidio.

La revista siguió luego al Partido en todas las alternativas de su beligerante existencia. Fue de nuevo cerrada en 1934, y en el curso de la larga persecución de quince años su nombre reapareció en las prensas de la clandestinidad, para reiniciar de 1945 a 1948, su misión doctrinaria e informativa de siempre. En 1961 APRA, con el presente número, se reincorpora a los rangos batalladores de la prensa del Partido, con un saludo fraternal para todos los periódicos apristas y con un franco ademán de amistad democrática para los diarios y revistas del Perú, sin distinción de banderías.

APRA retoma su clásica línea de órgano doctrinario del movimiento. El Aprismo es, esencialmente, y en ello radica el secreto de su persecución por encima de formaciones fugaces, transitorias o meramente electorales, un partido de doctrina, de interpretación y de tesis. Con un rasgo distintivo señero: el de su originalidad. Haya de la Torre, su creador, no se limitó a una inteligente aplicación de ciertos principios universales de la democracia social al continente indoamericano. Los examinó en su integridad, a la luz de un singular aporte científico: la doctrina del Espacio-Tiempo-Histórico y formuló, en consecuencia, las líneeas generales —verdadero pronóstico de una gesta social que hemos visto desarrollarse en los últimos treinta años— del movimientoo popular y revolucionario de Nuestra América. Sus premisas han quedado irrebatibles y siguen nutriendo, expresa o implícitamente, las bases doctrinarias de todos los genuinos movimientos de raíz y contenido transformador. Anotamos entre esas premisas, las diferencias entre países industriales y países-campo,

la teoría del frente único de clases explotadas, el significado ambivalente del imperialismo, la unidad indoamericana como clave esencial del éxito en la lucha contra sus excesos, el antifeudalismo, la reforma agraria, el mercado común indoamericano, el respaldo a las formas cooperativistas de producción, el rechazo, en suma, de todo colonialismo mental, y la posibilidad de concurrir con una "tercera voz", autonóma, a la decisión de los destinos mundiales, voz articulada por una América Latina, unida y fuerte.

Estas posiciones del aprismo, motejadas por muchos de heréticas y utópicas, y en el lenguaje malévolo de nuestra caverna local, de "internacionalizantes", han recibido ya un doble espaldarazo histórico. Uno, es la formación paralela, en muchos países de nuestra América, de grandes partidos populares y democráticos, de alianza de clases, con programas antimperialistas y antifeudales y de unidad continental. Otro, la presión irresistible de las necesidades y del desarrollo que ha llevado a los primeros y definidos ensayos de mercado común, así como a una difusión, cada vez más intensa, cada vez más generalizada, de las ideas bolivarianas que, en su versión moderna y constructiva, aportó el aprismo.

La revista APRA vuelve para ocupar su calidad reconocida de tribuna principista de este gran movimiento ideológico, fecundado y engrandecido por la adhesión sacrificada del pueblo peruano. Sus páginas estarán abiertas, preferentemente, a los aportes originales de doctrina política, de interpretación histórica, de análisis económico. Nos interesa el Perú y los problemas de su acontecer y de su pueblo, pero indoamericanos somos y nada de lo que es indoamericano nos es ajeno. A los hombres que en las dos Américas han entendido la necesidad de crear un continente justo, unido y libre, sin imperialismos ni hegemonías, sin pordioseros ni millonarios, están abiertas las páginas de APRA. Como en 1930, como en 1934, como en 1945, nuestro lema es el mismo: "Contra el imperialismo, por la unidad de América, por la justicia social, Pan con Libertad".

V. R. HAYA DE LA TORRE

Problemas e Imperativo de la Unidad Continental

LA UNIDAD ECONOMICA y política latino o indoamericana es un planteamiento que va ganando aceleradamente, ya, la conciencia de nuestros pueblos. Ha dejado de ser una "utopía", como tantas veces se nos dijo cuando en 1924 formulamos un sucinto programa continental que daba contenido positivo, realista, a una idea vagamente insinuada en la etapa "lírica" del americanismo, anterior a la primera guerra mundial. Cuando Rodó, Darío, Vasconcelos, Ingenieros, García Monge y tantos otros maestros de aquella época —Manuel Ugarte fue su más osado y dinámico misionero—, aparecieron con los precursores del rescate de los designios unionistas de nuestros próceres de la Independencia.

Volvamos a recordarlo...

Bolívar fue su enunciador concreto. Pero antes que él, la idea había sido enhestada, primero, por el admirable y olvidado Miranda con su proyecto visionario del "Incanato". Después por el Padre Hidalgo, quien se llamó a sí mismo "generalísimo de las Américas" en 1810. Seis años más tarde, por el ínclito Belgrano, gestor del Congreso de Tucumán, cuya acta final dice inicialmente: "*Nos, los representantes de las Provincias Unidas de Sudamérica*". Y, en 1824, por Monteagudo, expositor metódico de los planes de federación continental, cuyas son estas palabras: "*Ningún designio ha sido más antiguo entre los que han dirigido los negocios públicos durante la Revolución que formar una liga general contra el común enemigo y llenar, con la unión de todos, el vacío que encontraba cada uno en sus propios recursos*".

En todos los patricios de Indoamérica —entre los cuales puede citarse a Puevrredón, San Martín, O'Higgins, Santander, el cerebro financiador de las culminantes empresas bolivarianas hasta Ayacucho; Santa Cruz, Sánchez Carrión, Morazán y otros— la idea federalista o anfictiónica de nuestros pueblos emancipados está viva y persiste. Hasta en el heroico llamado finisecular de Martí.

Los epígonos de los próceres libertadores fueron los primeros apóstatas de ese previsor propósito, del cual Bolívar es su promotor epónimo, frustrado con el Congreso de Panamá de 1826, al que fue también invitado el Brasil, monarquía entonces. Con la disolución de la Gran Colombia, de la Confederación Perúboliviana y de la Unión de Centroamérica, perecen los últimos intentos decimonónicos de constituir una América Latina unida. Proyectos ulteriores, surgidos de la experiencia de la segunda guerra victoriosa contra España, ganada por la alianza de Bolivia, Chile, Ecuador y el Perú en 1866, fracasaron también ante el auge de los aislacionismos nacionalistas y hostiles de imitación europea. Y fue más tarde, cuando el poderío aumentante de la Federación norteamericana comenzó a demostrar a sus vecinos meridionales cómo su fuerza radica en su unión, cuando aparecen las voces precursoras abogando por la unidad latino o indoamericana en la primera década de este siglo.

Los nuevos puntos de partida

Faltaba dar a estos objetivos contenido político-social, estructura organizativa, programa continental presente, referido al nuevo acontecer mundial. Dos movimientos de diversa procedencia y fisonomía, pero de profunda repercusión americana, se habían producido en nuestros pueblos: El de la Reforma Universitaria, que conmociona a nuestras juventudes desde Córdoba, al sur, hasta México, al norte, en su comenzante y revolucionaria etapa de 1918 a 1921 —movimiento no específicamente político, mas sí de inspiración continentalista—, y la Revolución Social Mexicana, iniciada en 1910 y culminante con la Constitución de Querétaro en 1917. Que, no obstante haber sido cronológicamente anterior a la Reforma, repercute con posterioridad a ésta en los demás pueblos latino o indoamericanos por la acústica mayor de la primera guerra europea.

Con la Reforma Universitaria, o revolución estudiantil "contra los virreinatos del espíritu" —cuyo histórico primer Manifiesto invoca "la redención espiritual de las juventudes de América como su única recompensa"—, toda una generación había visto claro el destino

común de nuestro continente a la luz de su problemática cultural. Con la Revolución Mexicana, todos nuestros pueblos advirtieron que algo grande y nuevo surgía de ellos, frente a realidades económico-sociales que eran intransferiblemente suyas. Por otra parte, la ubicación geográfica de México resaltó un hecho histórico que a todos nos incumbía: el de la contrastada vecindad con "la otra América", que por su coherencia, adelanto y categoría de primer poder mundial, definido con la guerra de 1914-18, gravitaba ya, económicamente, sobre el ámbito cabal de nuestros pueblos, y, políticamente, en forma presionante, sobre la íntegra cuenca del Caribe, a partir de su fácil triunfo sobre España en 1898, de la limitada independencia de Cuba y anexión de Puerto Rico, de la secesión de Panamá y, después, de sus avances intervencionistas sobre otras repúblicas de aquella zona. Su primer parachoques lo encontró en la Revolución Mexicana.

Rusia y la definición del imperialismo

De Europa iban llegando los promisorios mensajes de la Rusia revolucionada desde 1917. Sus profecías de total y pronta redención; sus incitantes llamados a la insurgencia proletaria; sus dictados doctrinarios de receta universal para todos los males humanos que comporta la injusticia. Con ellos, el indiscriminado diagnóstico leninista del "imperialismo última o superior etapa del capitalismo" al cual se debía acometer, atacar, proscribir en cualquier rincón de la tierra, a fin de pavimentar el camino victorioso al Comunismo ecuménico, cuyo inmediato advenimiento se anunciaba.

La misma Revolución Mexicana apareció en un período —ubicable entre "los veinte" y "los treinta"— como deslumbrada y envuelta por la atracción centrípeta de aquel fascinante y contagioso llamado ruso, pues, debido a su origen, tenía el prestigio subyugador de todo lo que del Viejo Mundo nos llega. Fue, por tanto, en aquellos años, osado y casi herético resistirse a la rendición incondicional que la avasallante propaganda soviética imponía. Más aún, atreverse a decir que los problemas de Europa y los de América son diferentes, que sus soluciones lo son también, por ende. Y que hay más de un camino que el de Moscú para alcanzar la justicia. Sin embargo, todo ello fue dicho a tiempo, aunque arrostrando tachas de irreverencia.

Del doctrinarismo ruso lo que más nos importaba era su nueva definición del imperialismo económico. O sea, el expansionismo, por desborde, del sistema capitalista desde sus sectores cimeros de superdesarrollo hacia las zonas retrasadas o subdesarrolladas del mundo y las contradicciones que en éstas determina aquella inevitable intrusión hegemónica. Consecuentemente, la primera formulación programática, a tal respecto, de un movimiento unionista latino o indoamericano moderno, tanto económico-social como político, debía enfocar el ortodoxo y absoluto dictado leninista desde el ángulo geográfico de nuestra realidad histórica. Y a él respondimos aplicando a nuestra réplica una condicionalidad relativista de espacio y tiempo. El imperialismo económico es la última o superior etapa del capitalismo, *pero sólo* en los países superindustrializados; en los de economía precapitalista, colonial o incipiente viene a ser la *primera etapa*". El área latino o indoamericana corresponde a esta última clasificación. Por tanto, el fenómeno imperialista tiene una fisonomía típica, diferente en nuestra América; un carácter opuesto al que presenta en los territorios del mundo donde el capitalismo industrial ha culminado y desde donde se imparte. Lo que allá es "superior" y "último", aquí es "inferior" y "primero". Y de esta contraposición de condiciones objetivas se infiere el postulado de que en nuestro siglo la iniciación y cumplimiento del período de industrialización de los países retrasados debe realizarse bajo la égida del imperialismo económico, en tanto el sistema capitalista mantenga su predominancia en el mundo.

Completábamos el heterodoxo enunciado con otras tesis —propuestas y, naturalmente, rechazadas en el Primer Congreso Antiimperialista Mundial de Bruselas, en febrero de 1927, regentado por los comunistas—, las cuales pueden epitomarse así: Nuestro continente latino o indoamericano necesita y *debe industrializarse*. Esta etapa de su evolución histórica no puede suprimirse. Para industrializarse requiere capitales y ayuda técnica que no pueden provenir sino de donde ellos existen. Luego, la América Latina, como un todo, confronta forzosamente esta realidad: servirse del *imperialismo económico*, vale decir, de la importación de capitales necesarios para su desenvolvimiento industrial, y defenderse del *imperialismo político* que aquél lleva implícito. A fin de cumplir ambos propósitos la América Latina *debe unirse* económica y políticamente. Porque su industrialización exige planes continentales propios y coherentes que correspondan a la problemática de su magnitud regional. Además, porque su defensa de los peligros imperialistas de tipo político sólo puede encararse ventajosamente con la unión. El contenido afirmativo de toda negación, resistencia o lucha antiimperialista es, primaria-

mente, el movimiento hacia la unidad de los Estados y pueblos latino o indoamericanos. Sin ella, éstos vivirán siempre sometidos.

La aleccionadora experiencia mexicana

Ningún Estado latino o indoamericano —sostuvimos— podrá cumplir una efectiva transformación socioeconómica integral aisladamente. Ninguno, tampoco, podrá lograr el revolucionario equilibrio de servirse de la economía capitalista extranjera para constituir una propia, progresar y resistir, sin malogro, a los inevitables excesos del imperialismo. Sólo hasta un muy limitado término infranqueable podrá conseguir la instauración de un sistema autonómico, emancipado, económico-social, en tanto no condicione su esfuerzo renovador con su coordinación continental defensiva. La experiencia mexicana demostraba que las barreras del avance de su revolución las marcaron, con sus aisladoras fronteras estatales, la presionante vecindad de la poderosa Unión norteamericana, apenas contrarrestable por un Estado solo.

De aquella histórica enseñanza de México se deducían lógicas premisas: así como en Europa la clase dominante nacional es la "gran burguesía" capitalista, poseedora de su avanzada industria, así en América Latina la clase dominante nacional es, todavía, la dueña de la tierra, del gran latifundio importado con la conquista de los imperios coloniales de España y Portugal. La gran clase capitalista, iniciadora de nuestro típico industrialismo mayor —extractivo, de materias primas o medio elaboradas, que llevó a nuestros países los capitales y máquinas, los cuales nosotros no hemos formado ni producido—, es extranjera. Representa en Indoamérica a la culminante y conquistadora etapa del capitalismo industrial de los países superdesarrollados, que al emigrar hacia nuestro suelo —al cambiar de espacio y tiempo económicos— depara peculiares caracterismos. Ella es la clase propietaria de la más ingente y tecnificada parte de nuestra producción. Pero no vive entre nosotros. Es la clase dominadora físicamente *invisible*, representada en sus empresas por administradores, técnicos y gerentes. Es, esto no obstante, la que controla el más adelantado proceso de nuestra creación de riqueza exportable; la que determina la formación de nuestra clase trabajadora industrial o característicamente proletaria; la que regenta nuestras finanzas, patroniza nuestros bancos, cotiza nuestra moneda, fija los precios de nuestros productos y regula nuestras tablas de salarios. La clase dominante *visible* es la feudal u oligárquica aliada o sometida al sistema económico de procedencia foránea.

Importa anotar que el capitalismo extranjero en el continente indoamericano, por representar la fase más alta de la evolución de la economía mundial, implanta con el industrialismo —a pesar, repetimos, de su tipología distinta del europeo, que comenzó por la siderurgia y es básicamente manufacturero o *pesado*— un paso adelante sobre el latifundismo y sobre el artesanado tradicionales. Por ello determina el progreso que respecto de las formas de producción predecesoras conlleva toda industrialización en los países subdesarrollados. Pero vale remarcar asimismo que, a despecho de que el capitalismo extranjero en el continente indoamericano ha conseguido regimentar parcialmente nuestra economía dentro de su fuerte organización financiera, no ha logrado transformarla y conformarla en una íntegra estructura. Coexiste, se yuxtapone con el sistema feudal supérstite. Y del mismo modo que éste se instauró con el coloniaje, al lado de las anteriores formas de producción aborigen, sin absorberlas cabalmente, así también conviven hoy el imperialismo económico y el feudalismo criollo. Por tanto, en la América Latina o Indoamérica están aún presentes todos los estadios sociales, todas las categorías del trabajo organizado. Desde los pristinos agrupamientos tribales y las indígenas comunidades precolombinas, hasta las empresas del industrialismo mecanizado ya descrito, pasando por la servidumbre feudataria, la pequeña propiedad y los limitados intentos de las formas capitalistas nacionales. A esta escala completa de las diversas etapas de la evolución económico-social es correlativa la de todos los grados del subdesarrollado desenvolvimiento cultural: su gran bajo fondo es el enorme y ominoso volumen de nuestro analfabetismo.

La perentoriedad de industrializar

La industrialización, de verdad, de todos nuestros países es una apremiante, una inaplazable necesidad continental que debe acometerse también continentalmente: Con la liquidación del feudalismo y de todas las formas residuales de producción prefeudal; con la articulación de una economía moderna que abarque y dinamice todos los sectores de la producción preindustrial. Y con la paralela elevación acelerada del inferior nivel de educación de nuestras grandes mayorías populares desposeídas, que constituyen nuestro "capital humano", en tanto rezagado y distante de los beneficios de la civilización contemporánea.

Industrializar, tecnificar coherente y orbitalmente nuestra economía; impulsarla con todos los elementos que son hallazgo de los prodigiosos descubrimientos del hombre de hoy; salir del primitivo y subalterno régimen de una agricultura latifundista y retardataria; superar una producción y cambio circunscritos, unilaterales, subsidiarios, cuyos índices son proporcionalmente bajos, eran nuestros primeros enunciados genéricos inspirados en el programa de la Revolución Mexicana para un confrontamiento realista de los similares problemas continentales. Con ellos, el reforzamiento de una democracia social, económica y política, orientada hacia la inalienable defensa de los derechos del hombre como ciudadano y como trabajador, a la vigencia de la justicia con libertad y hacia el equitativo equilibrio de los diversos factores constructivos, internos y externos, de un nuevo ordenamiento jurídico. Empero, su instauración no podía y no puede ser tarea aislacionista de "cada país". Ella exige un adecuado planeamiento general, concordancia y cooperación de dispositivo y cumplimiento, allende las fronteras estatales —que no son las económicas, a las cuales aquellos problemas engloban— y referidas al grandor y complejidad de una región infragmentable como es la latino o indoamericana. Pues si han resultado probadamente quiméricos los patrióticos sueños de insulares autarquismos que encandilaron a buena parte de nuestros miméticos políticos, de quienes fue fracasado lema el de "consumir lo que se produce" y viceversa, también aparecen ilusorias las esperanzas de los "nacionalistas revolucionarios" que predicen un solidario salto transformador en cada república. Por la muy sencilla razón de que los poderes y sistemas opresores, anacrónicos y modernos, cuyas injusticias se pretenden abolir y suplantar, son de dimensión y predominancia continentales.

La nueva Rusia y el nuevo imperialismo

Cuando de Rusia provino la tesis leninista que describía al imperialismo económico —en respuesta al inventor del término, J. A. Hobson, en su libro *Imperialism, A Essay*— como "la última o superior etapa del capitalismo", los Soviets principiaban a emanciparse del imperio económico extranjero e inauguraban su propia y colosal industrialización. Eran los años en que se implantó la Nueva Política Económica, definida en un libro de Lenin, que debería conocerse más: *El capitalismo de Estado y el Impuesto en Especies*. En el cual se precisan las bases de la innovada estructura capitalista estatal, que a lo largo de cuatro decenios ha llegado a su presente consolidación monolítica. Con ese tipo de capitalismo los Soviets emprendieron y han cumplido, sobre un gigantesco escenario, dotado de todos los recursos naturales, una obra portentosa de industrialismo que está ya en la primera línea del "superdesarrollo". Pero las palabras escritas por Lenin en su libro *La Revolución Proletaria y el Renegado Kautsky* (traducción castellana, Buenos Aires, 1921, página 76) quedan en pie: *"Sin duda estamos muy lejos de la victoria del socialismo: Un país solo no puede hacer más"*. Empero, en el proceso de industrialización rusa, bajo el régimen capitalista de Estado, se ha producido, a los 42 años de la revolución de 1917, el mismo fenómeno que Lenin define como epílogal del superdesarrollo del capitalismo industrialista: También del Capitalista de Estado ruso, en su "última o superior etapa" necesita expandirse y trasmigrar. La circunstancia de que el sistema capitalista soviético no sea de empresa "privada" sino "estatal", no lo exime de sus características de crecimiento, plenitud e irradicación que son inhetes a todo el sistema mismo: Ya sean individuos particulares y numerosos los propietarios de los medios de producción y usufructuarios de la plusvalía, ya sea un solo y poderoso monopolio estatal, el señero dueño, beneficiario y patrón. La diferencia puede consistir en que las utilidades tienen una diferente distribución y que en el caso del Capitalismo de Estado sea mucho más cuantioso su destino social. Pero *el sistema* es, fundamentalmente, el mismo: Los salarios se pagan "según el trabajo", norma clásica del capitalismo, y no "según las necesidades", principio socialista. La moneda —altamente avalada en oro—, la organización bancaria, el comercio interno y exterior, las bases crediticias y la escala tributaria existen en ambos tipos de capitalismos. Y en los dos el que gana más, compra más y vive mejor que el que gana menos. En el aspecto político-social las diferencias son otras: El Capitalismo de Estado ruso se asienta en una férrea dictadura totalitaria en la cual la organización libre de los trabajadores, el reclamo, la protesta o la huelga son delitos, como todos los derechos ciudadanos que se reconocen, ejercen y amplían en las democracias representativas.

En su carácter de empresa monopolista gubernamental el Capitalismo de Estado ruso ha efectuado velozmente todo el proceso del sistema capitalista originario del cual sólo es una variante. Y al consumar su evolución industrializadora, hasta coronar la cumbre de su superdesarrollo, también ha debido entrar por los caminos del "imperialismo económico"

que tipifican a esa forma de producción y cambio de la riqueza. Por tanto —y esto no necesita mucho esfuerzo para demostrarlo—, el capitalismo soviético busca campos de inversión y de conquista de mercados más allá de los límites de su dilatado "pueblo-continente". Al igual que las otras potencias capitalistas está ya realizando un ambicioso programa de "ayuda económica y técnica" para los países subdesarrollados de empréstitos en dinero o en mercancías. Pero todas estas operaciones se ajustan al mismo mecanismo financiero de préstamos, réditos y pagos que norman los negocios del capitalismo internacional. El Capitalismo de Estado ruso no regala. Vende, presta o invierte, pero cobra y gana. Y, como el Capitalismo de empresa privada, ha creado y controla una amplia "zona de influencia" cuya órbita trata de extender. Sus estipulaciones sobre intereses, créditos y pagos, a corto o largo término, pueden ser mejores o no que las de otros países capitalistas superdesarrollados —los cuales también exportan dinero y procuran mercados allende sus fronteras—, pero, aun cuando compita, valiéndose de ofertas mayormente ventajosas, con el "otro capitalismo", el soviético, por su presente modalidad de penetración financiera en las regiones pobres del mundo que demandan y reciben ayuda, cae dentro de la definición leninista del imperialismo.

La posición indoamericana

A través de los años transcurridos desde que nuestro programa de unidad continental fue propuesto en términos modernos y previsores, referidos a la realidad económico-social de nuestra América —o sea, a su condición de región subdesarrollada que para industrializarse necesita de capitales y ayuda técnica procedentes de los países superdesarrollados.— los planteamientos de 1924 no han perdido su vigencia. Antes bien, se han reforzado. Pues resulta ahora irrefutable verdad lo que entonces sostuvimos: Que mientras el sistema capitalista —de empresa privada o de empresa de Estado— prevalezca como régimen mundial, nuestras repúblicas, integrantes de una vasta, dividida y apenas industrializada nación, deben tratar con el más avanzado y potente capitalismo extranjero. Y como éste, en sus dos variantes, ha llegado a una etapa superior, expansiva, imperialista, tratar con el capitalismo es tratar con el imperialismo económico, que es su forma actual de superada evolución y de comportamiento.

¿Cómo tratar? He ahí la gran cuestión.

En la historia económica latino o indoamericana aparece patente la primeriza supremacía del imperialismo económico británico, a partir de la Revolución de la Independencia. Más tarde insurge la rivalidad de aquél con el influyente y poderoso norteamericano. Ahora se ha presentado un tercer y pujante competidor en el soviético. Cualquiera de ellos, empero, nos depara semejantes realidades de confrontamiento: Las de la obligante relación entre un anchuroso continente, ubérrimo en recursos naturales, y de desenvolvimiento económico comparativamente retardado, con las máximas potencias del industrialismo capitalista mundial, de cuya cooperación necesitamos. Empero, ante cualquiera de ellas, nuestra condición de pueblos pobres ante los ricos, es la misma.

La industrialización de gran estilo en Indoamérica es —reiteramos— una tarea por cumplirse de dimensión regional. Ella abraza a todo nuestro "pueblo-continente", y sólo así comprendida, logrará nuestra emancipación económica: Con la transformación de veinte Estados dispersos, y por tanto débiles, en una fuerte y concordada unidad de casi 200 millones de pobladores sobre un territorio de 20 millones de kilómetros cuadrados.

Esa coordinación económica continental, que lleva implícita la política, elevará a los futuros Estados unidos latino o indoamericanos a una categoría equiparable, en área y aptitud de seguridad, a la de las otras unidades regionales, que están ya formando, o han formado, agrupaciones de Estados y de pueblos como base de su fortaleza.

Conjuntamente, la América Latina tendría mayor autonomía de trato con los supremos poderes que señorean la política y regentan la economía del mundo. Sus relaciones con los imperialismos económicos quedarían más resguardadas de los riesgos del imperialismo político, pues no serían urgidas por las inevitables presiones de los fuertes sobre los débiles, que obligan a éstos a entregarse premiosamente al mejor postor. De otra parte, su planificación interna de gran magnitud no sería constreñida por las limitaciones estatales, que corresponden a los horizontes limitados de la producción y mercado y no a los de una industrialización plural y completa. No recaería, tampoco, nuestra diversificada y frecuentemente contradictoria política económica, en la tendencia peligrosa —táctica indeficiente de vendedores chicos con compradores fuertes— de recurrir al lema de "si no me compras tú me comprará el otro". Ni en la candorosa demagogia de alardear que los pequeños Estados pueden salvar su seguridad con el presuntuoso ardid de jugar al enfrentamiento rival de los más fuertes.

Se dice, con razón, que así como "detrás del comercio va la bandera", también "detrás del imperialismo económico va el imperialismo político". De ello tenemos en la América Latina más de una dolorosa prueba con muy aleccionadores recuerdos. Frente a la realidad presente del mundo la situación de nuestro continente es la de una zona que por su carácter de subdesarrollada y su amplitud, riqueza e incalculables posibilidades de desenvolvimiento, es codiciable campo de la batalla entre los grandes imperialismos económicos. Lo fue ya, como se ha mencionado precedentemente, en la del británico con el norteamericano. Predominante éste, puede serlo de nuevo entre el norteamericano y el ruso. Porque, cabe la reiteración, en los cuatro decenios transcurridos desde 1917, Rusia, que entonces era un gran país de industrialismo menor, ha llegado a ser hoy una potencia económicamente equiparable por su grandor y desarrollo a la de los Estados Unidos. Y si bien es cierto que en el orden *interno* Rusia difiere de ellos en la modalidad de su sistema, al proyectarse hacia las zonas subdesarrolladas de la tierra opera dentro de las mismas líneas de comportamiento expansionista. Con otras palabras, mientras Rusia vivió su etapa de industrialización y de emancipación económica, pertenecía a las regiones del mundo dentro de las cuales está la América Latina. Pero en los últimos 42 años la Unión Soviética ha devenido un poder altamente industrializado y ha dejado de ser una región subdesarrollada para transformarse en uno de los mayores poderes económicos y políticos del orbe. Como en igual lapso la América Latina no ha logrado superar su condición subalterna de continente infradesarrollado, su situación respecto de Rusia *no es la misma* que hace tres o cuatro décadas. Y frente al hecho real de las relaciones latino o indoamericanas con los países altamente industrializados nuestros pueblos aparecen hoy *al otro lado* del que está la Unión Soviética. Pues ésta se halla ahora en el nivel de supremacía de los más avanzados Estados industrialistas y compitiendo con ellos.

Esta consideración es pertinente para una estimativa real de nuestra presente posición en el mundo económico actual. Y para inferir aleccionadoras conclusiones acerca de nuestra verdadera ubicación política ante la gigante contraposición de los poderes imperiales empeñados en la disputa por el poder mundial. La primera de ellas no puede ser otra que hoy, como hace cuarenta años, una América Latina industrialmente retrasada y políticamente dividida se halla en un plano de patente inferioridad respecto de las grandes potencias regionales que enfrentan sus poderes y proyectan sus inevitables planes de expansión sobre las áreas subdesarrolladas del planeta. Porque *necesitamos* de su ayuda para redimirnos de nuestro retraso, y porque ella lleva implícitos los consecuentes riesgos de toda relación entre los fuertes y los débiles, la unión económica y política de nuestros Estados mantiene su vigencia de ineludible imperativo. No solamente para el planeamiento integral de nuestra industrialización, sino también para constituir la articulada resistencia que debe normar aquellas inescapables relaciones con los mayores imperios económicos y que debe cooperar a nuestro tránsito de países de economía retardada a la etapa superior que dimensiona el industrialismo. A esta altura procede examinar, sea someramente, el aspecto político de nuestra problemática continental: la diferencia de antecedentes históricos y de consecuentes concepciones jurídico-sociales que separan en dos ámbitos distintos y opuestos a los sistemas estatales de oriente y occidente. O, con más precisión, a los Estados integrantes de la órbita euro-asiática soviética y a los de los del resto del mundo. En ésta, es el ordenamiento democrático la forma política que persigue el logro de la justicia; en aquél es el régimen totalitario. Rusia ha implantado en su zona de influencia con el Capitalismo de Estado, la dictadura, como forma de gobierno. Los demás países, llamados del "mundo libre", o de occidente, mantienen las normas de la democracia con el Capitalismo privado.

Nuestros Estados, como todos los de América, han identificado su vida política a partir de la independencia, con las instituciones gubernamentales emanadas de la soberanía popular. Unos más avanzados que otros, aunque luchando siempre todos por la afirmación de la democracia representativa, han logrado establecerla o se esfuerzan por cimentarla. Pero es unánime designio de nuestros pueblos y aspiración ya secular de sus movimientos de rebeldía, conquistar y defender sus libertades. Cuando una más definida orientación de la conciencia colectiva ha concretado programas netos de reivindicación económico-social, éstos han sido incorporados a los que, desde nuestra emancipación de los imperios europeos, enarboló como fundamentales los derechos del hombre y del ciudadano. De aquí que los anhelos revolucionarios presentes de las masas latino o indoamericanas puedan epitomarse en los lemas de *"ni libertad sin pan, ni pan sin libertad"*. El hombre de América quiere justicia pero sin dejar de ser libre. Y su ideal democrático de *"libertad con pan"*

sintetiza su concepción política y económica de la verdadera justicia social.

Aquí radica, a no dudarlo, la diferencia más profunda entre las filosofías políticas de oriente y occidente, y, en particular, entre las de los movimientos sociales del área soviética y las del hemisferio americano. La Europa democrática y próspera de posguerra está demostrando que es posible alcanzar la justicia económica sin inmolar la libertad. Como también está enseñando al mundo que las coordinaciones económicas regionales son indispensables para lograr tal objetivo. Estas lecciones de la realidad sólo confirman y estimulan la fe de quienes hemos creído y creemos que la Democracia social es el mejor camino hacia la Democracia económica. Y que los Derechos humanos, políticos y económicos, pueden ecuacionarse afirmando el poder de la soberanía popular. Pues así resplandece como inobjetable verdad aquel enunciado normativo de Martí: *"Donde el sufragio es ley, la revolución está en el sufragio"*.

A esta concepción democrática de la justicia económica —que niega el totalitarismo y la dictadura y proclama y exalta la dignidad del hombre libre—, puede calificársele como la esencia del régimen político-económico americano. Y él debe servir de base tanto a las relaciones básicas entre el individuo y el Estado cuanto a las del sistema interhemisférico. El cual debe aplicar a la coordinación de nuestras repúblicas y a las vinculaciones entrambas Américas los mismos principios de la democracia representativa emanada de la soberana voluntad popular —*"raison d'etre"* de la soberanía estatal—, cuya más legítima expresión es el sufragio. Que así podrá instaurarse y establecerse un auténtico *"interamericanismo democrático sin imperio"*, vale decir, sin preponderancias hegemónicas o imperialistas.

De "Política"
de Caracas.



Manuel Seoane

La Segunda Revolución Industrial

El cuadro del nacimiento de la Primera Revolución.— La Edad de los Botones y la evaporación de la "plus-valía".— Las nuevas condiciones en la Segunda Revolución. Seis factores que van cambiando a la Sociedad.— Donde la Electrónica y el Automatismo se alían.— El Automatismo y la Productividad.— ¿Desocupación o nuevos niveles de trabajo?— La prolongación de la edad escolar.— El crecimiento de las industrias terciarias.— La Revolución del Super-Market— El cerco de las poblaciones marginales.— Las Corporaciones gigantes.— El rol del Sindicato en la época que nace.

SERIA banal y extemporáneo resaltar la importancia de la Primera Revolución Industrial, que empezó a principios del Siglo XIX. Sin embargo, antes de analizar la Segunda, deben destacarse dos de sus principales aspectos.

a) En 150 años la Primera Revolución transformó el standard de vida del género humano, modificó la relación de las capas sociales, la ubicación de los centros demográficos y el poderío de las naciones, inaugurando cambios inesperados y profundos; y

b) Esta transformación sufrió un costo social doloroso, por el egoísmo y la crueldad iniciales, que han legado una pesada herencia de aprensiones, odios y resistencias mentales, que perdura todavía.

Ahora adviene la Segunda Revolución, con mayor disponibilidad de energía, y con un "tempo" de desarrollo más veloz que la Primera. ¿Qué puede acontecer? Recordemos, en líneas generales, las circunstancias que rodearon el nacimiento de la Primera Revolución.

El cuadro del nacimiento de la Primera Revolución

Si algún común denominador vinculaba las sociedades heterogéneas de Europa en el Renacimiento, es el típico predominio demográfico rural. Los cañones de los burgueses y las balas de sus mosquetes traspasaron las armaduras de los caballeros feudales y demolieron las murallas de piedra de las fortalezas nobiliarias. Pero la población siguió viviendo principalmente de la agricultura. Las industrias derivadas de ella —como los tejidos— se desarrollaban en telares domésticos, campestres. En 1800 la población urbana era el 7% en Alemania, el 9% en Francia, el 4% en Estados Unidos, y sólo en Inglaterra el 20%. (E. Hammerly-Dupuy, "El Mundo del Futuro", pág. 161). Cuando la máquina de vapor entró a reemplazar el telar movido a mano, determinó, hacia 1850, los primeros grandes desplazamientos demográficos en Gran Bretaña, que acusaron las repercusiones sociales más cruentas. Europa continental sufría las guerras napoleónicas, y agudas rivalidades intestinas, cuando en la isla británica empezaban aquellas radicales mutaciones.

"Mientras el huracán de la revolución barría el suelo de Francia, en Inglaterra se desarrollaba un proceso revolucionario más callado, el vapor y la nueva maquinaria se convirtieron en la gran industria, revolucionando con ellas los fundamentos de la sociedad". (F. Engels, Anti-Dhuring, pág. 214). ¿En qué condiciones? "Engendraba toda una serie de abusos sociales estridentes, hacinamiento de una población desarraigada de su suelo, en las más sórdidas viviendas de las grandes ciudades, disolución de todos los lazos tradicionales de la costumbre, de la sumisión patriarcal, de la familia, explotación abusiva del trabajo que, en las mujeres y niños, tomaba proporciones aterradoras, desmoralización de masas de obreros lanzadas a condiciones fundamentalmente nuevas de vida". (F. Engels, Ob. cit., pág. 220). En agudo libro, varias veces citado (Fritz Sternberg. "The Military and Industrial Revolution"), se tipifica así este proceso:

— La industrialización nació aplicada a los tejidos, y no interesó a las Fuerzas Armadas, que miraron con indiferencia su aparición. (Las del carbón, el acero y el hierro se vigorizaron más tarde).

— Las luchas antifeudales redujeron a su mínimo la personalidad del Estado, el poder central era débil y dependiente en absoluto de la poderosa burguesía urbana.

— Había pocos obreros por fábrica, casi todos reclutados en la antigua gleba rural, sin tradición organizativa, ni sentido colectivo de defensa, y eran además muy ignorantes.

— El propietario vigilaba el trabajo personalmente, casi látigo en mano, y su incontrolada codicia lo llevaba a imponer jornadas hasta de 14 horas diarias.

— Como las máquinas eran fáciles de manejar, se contrataba a mujeres y niños, se efectuaba trabajo nocturno, y se pagaban salarios miserables.

— Las máquinas lanzaban obreros a la desocupación, acumulando los hacinamientos suburbanos.

El trabajo, aun en tan horrendas condiciones, era una suerte individual. Pero la revolución industrial, para los obreros en conjunto, una catástrofe.

El "costo social" de la aparición del maquinismo lo pagó la clase trabajadora. Lo mismo ocurrió en otros países cuando la transformación mecánica saltó el Canal de la Mancha, expandiéndose. Recuérdese, de paso, que Gran Bretaña, la madre del liberalismo económico, prohibió durante las primeras décadas posteriores a la invención de los telares mecánicos, que éstos se exportaran. Eran su arma secreta para hacer fortuna, y castigaba con piadosa pena de muerte a los adelantados del librecambismo, entonces definidos como contrabandistas.

La sociedad acentuó su proceso de polarización. En vano los obreros rompían las máquinas, no porque fueran enemigos del progreso sino porque su forma de aplicación los dejaba sin trabajo.

La Edad de los Botones y la Evaporación de la "Plusvalía"

Sobre el hambre y la explotación, con las máquinas, amaneció la nueva sociedad capitalista. Su propio desarrollo contenía al germen de una sociedad mejor. Su forzada dependencia de la energía impuso un acoso incesante por más y más medios mecánicos. Marx y Engels no entrevieron, en la dura hora inicial, esta nueva dimensión, que en el futuro —es decir, en la contemporaneidad— abriría nuevos caminos, desautorizando las profecías pesimistas. Vieron a la máquina solamente como ama y señora del obrero. No intuyeron el Hombre-Robot, la Calculadora Electrónica y la Edad de los Botones, con máquinas que se mueven solas, controladas por un grupo de obreros calificados. Una planta de cerveza contemporánea es vigilada o dirigida por un equipo de diez hombres. El tétrico lenguaje de Marx, hace más de un siglo, la describe así: "Tulle al obrero la máquina, y lo convierte en un ser anormal, fomentando su pericia para un detalle, a costa de matar en él todo un mundo de instintos y capacidades productivas. El ser humano se convierte en un resorte automático de un trabajo parcial. (C. Marx, "El Capital", pág. 385). ¡Como en el film "Tiempos Modernos", de Chaplin! Y Engels agrega: "La maquinaria de la gran industria degrada al obrero y lo convierte en simple accesorio de la máquina". (F. Engels, "El Anti-Duhring", pág. 386).

En realidad ha ocurrido al revés. El hombre está convirtiendo a la máquina en su esclavo automático. Las consecuencias de esta revolución socavan una de las normas básicas del marxismo. En su análisis del origen del capital, Marx sostiene que este se forma por la apropiación parcial de la plusvalía. Llama "plusvalía" al mayor valor que las cosas

adquieren con el trabajo del hombre. Una piel de cocodrilo vale X pero cuando el zapatero hace con ella un hermoso y caro calzado, vale X más Z. En este caso Z es la plusvalía, de la cual el capitalista se adueña en parte, porque el salario que paga al obrero es siempre inferior a Z. Este despojo es el origen del capital, según Marx. El análisis o argumento aparece tan inobjetable que, bajo su influjo, han surgido poderosos movimientos sociales y políticos. Pero la verdad es más intrincada en el mundo de hoy, y abre caminos que obligan a revisar conceptos. ¿Y cuando la mayor parte del trabajo lo realizan máquinas automáticas". La plusvalía de la cebada que se transforma en cerveza ¿pertenece al minúsculo equipo que controla la maquinaria? ¿Acaso a los obreros que manejaron los hornos, o que hicieron los moldes, de donde surgió la planta mecánica de cerveza? ¿O a sus inventores, o a sus diseñadores, o a los dibujantes, o a todos y a ninguno? ¿Y si los inventores o fabricantes ya murieron? El fenómeno es muy complejo, y no fue divisado por la teoría, directa y simple, que engendró la "plusvalía". Aún subsisten teóricos, que se reclaman marxistas en nombre del porvenir, y tienen siglo y medio de atraso mental, que en estos tiempos veloces es como sufrir rezago de quince siglos. ¿Quién explota el silencioso hombre robot, que extrae día y noche sin alimento ni descanso, las más complicadas referencias algebraicas? ¿Plantea, acaso, un problema de sueldos y jornadas, y de vacaciones y jubilación? Marx y Engels hicieron aportes importantes en su tiempo, algunos de los cuales son lúcidos y trascendentes. Pero la comprensión del mundo de hoy, y la construcción u orientación del mundo de mañana exigen que la inteligencia social se emancipe del viejo cartabón, intentando la difícil hazaña de sopesar verídicamente, sin arredrarse, los gérmenes, felizmente muy distintos, que tipifican la Segunda Revolución Industrial.

Las nuevas condiciones en la Segunda Revolución

En efecto, dialécticamente, la sociedad surgida con los grandes avances mecánicos del siglo XIX fue engendrando nuevas circunstancias que podrían enumerarse así:

a) La explotación abusiva del trabajo humano ha dado origen a la organización obrera y a la aparición de los sindicatos que son una definitiva realidad incorporada a la sociedad moderna.

b) La abolición del poder absoluto, y el perfeccionamiento de las instituciones democráticas, ha trasladado la soberanía al pueblo, que la expresa a través del sufragio, y como los trabajadores componen parte muy numerosa de la población, integran partidos políticos muy influyentes que intervienen en la conformación de la sociedad.

c) La noción de la ley se ha vigorizado, así como la presencia y la acción del Estado, y aquéllas y éste impiden la antigua explotación abusiva, habiéndose creado organismos internacionales de vigilancia y de elaboración de normas nuevas.

Los Sindicatos, las leyes, el Estado, los partidos políticos van destruyendo, con lentitud pero con firmeza, el sombrío cuadro de ayer. La intercomunicación de las actividades humanas produce resultados inesperados. Los adelantos médicos, por una parte, salvan vidas infantiles, antes segadas en proporción aterradora, y prolongan la existencia, aumentando inverosímilmente la población mundial. De 1650 a 1750, creció de 445 a 500 millones, pero un siglo más tarde se duplicó, llegando a 1.000. En 1950 sobrepasó los 2.000. Para 1958 fue calculada en 2,852. (Bulletin Mensuel de Statistique, Nations Unies, febrero 1960). Por otra parte, el tremendo desarrollo de las fuerzas de producción ha creado un fenómeno paralelo. Tomando como base 100 para el año 1913, la producción industrial del mundo tuvo un índice de 14 en 1860. En cuarenta años hasta 1900, creció más de cuatro veces. Desde entonces hasta hoy, la línea de ascenso es casi vertical. Estados Unidos, de 1890 a 1950, duplicó su población y quintuplicó su Producto Nacional. El fenómeno no es exclusivo. Los países de América Latina, en general, aumentaron un 50% su población de 1938 a 1960 y triplicaron su ingreso de conjunto.

Simultáneamente, la población va desplazándose del campo a las ciudades. Prusia en 1850 era un típico estado europeo. Cuatro familias vivían en el campo por cada una que residía en la ciudad. Lo mismo acontecía en Norte América y otros países. Un siglo más tarde la situación es al revés: por cada cuatro familias que viven en las grandes urbes sólo una radica en el campo, como promedio. Estas cifras contienen un significado revolucionario. Antes se necesitaba el trabajo agrícola de cuatro personas para alimentarse a sí mismas y a una en la aglomeración urbana. Hoy, con el progreso tecnológico, y de la produc-

tividad, una familia agrícola es capaz de nutrirse y de dar alimento a cuatro que habitan la metrópoli.

De otro lado, también por reflejo, simultáneo y concurrente, sube el promedio de ingresos por cabeza. Obviamente subsisten diferencias notables por países y por clases. Así, el ingreso per cápita de Estados Unidos en 1957 fue de 2,043 dólares y el del Perú sólo de 176. ¡Menos de la décima parte! Estas diferencias se producen también dentro de las propias naciones. En Estados Unidos el ingreso por cabeza en el Estado de Missisipi fue de 979 dólares en 1957, menos de la mitad del promedio. Las distancias de progreso no coinciden siempre con las fronteras. Aquél no es homogéneo ni simultáneo, y tiende a acentuarse en las zonas industriales, más que en los campos, porque en las primeras se ha producido la Segunda Revolución. Medida como ingreso en dólares, por año y por persona, esta longitud contiene el tramo que debe recorrerse. ¿Cómo? ¿Solicitando auxilio, por caridad y con lamentos, o predicando violencia y por la fuerza? El único camino verídico es el aprovechamiento científico y tecnológico, con ayuda externa o sin ella.

Nadie podrá negar que la acción de los sindicatos, de los partidos políticos, de las instituciones sociales y religiosas, ha contribuído, de consuno, al aumento de los salarios y al relativo adecentamiento de la vida del trabajador. Por ende, las condiciones generales de la sociedad humana, en los momentos en que se inicia la Segunda Revolución Industrial, son muy distintas de las normas que la enmarcaban hace siglo y medio. Algunos de los efectos de la Primera han sido estímulos determinantes de la Segunda, aunque ningún factor arrebata a la Ciencia y la Tecnología su rol protagónico y central.

Seis factores que van cambiando a la Sociedad

¿Cuáles son los factores que engendran este nuevo cambio e influyen en las formas de su desarrollo? Quizá puedan enumerarse así:

1. El progreso científico y tecnológico, especialmente el desarrollo de la Electrónica.
2. El Automatismo, que es su efecto, y que sustituye al hombre en las tareas de producción, de cálculo y contabilidad, desplazándolo a funciones de servicio y de cultura.
3. La Productividad, que dirige la investigación científica a su aplicación práctica para resolver la creciente necesidad de mayores frutos.
4. La aparición, subsistencia y funciones de los Sindicatos, los partidos políticos, y los organismos internacionales que, en conjunto, impiden al egoísmo, la voracidad y la violencia erigirse en árbitros incontrolados.
5. El fortalecimiento del Estado.
6. La forzada evolución de las grandes empresas, en cuyo seno se atenúa crecientemente la diferencia entre los individuos.

Estos factores no crecen en el vacío. No se detienen, causan efectos. No se amoldan a pretenciosas teorías previas ni a las optimistas de los profetas del bienestar liberal, ni a las misantrópicas de los agoreros de la catástrofe necesaria. Actúan e influencian en dimensiones inesperadas y desconocidas, provocando efectos insospechados. Los apóstoles del decimonónico liberalismo absoluto ven que los avances más espectaculares se realizan con la planeación metódica. Y los "discípulos congelados del marxismo" (Haya de la Torre, "Treinta Años de Aprismo") del siglo pasado no se explican las recientes derrotas sucesivas del socialismo en Alemania, Holanda, Gran Bretaña y otros países. La verdad es que el progreso de la Ciencia y la Tecnología, aprovechado por la Planeación, todo fruto de la Segunda Guerra Mundial, y de los preparativos para una Tercera eventual, ha revolucionado el cuadro clásico, creando una sociedad distinta, donde la miseria empieza a erradicarse. ¿Cuáles son los efectos o resultados visibles hasta hoy?

a) El extraordinario aumento de las industrias terciarias y la acumulación urbana de la población.

b) La desocupación provocada por el automatismo se absorbe parcialmente ampliando los ciclos escolares y las actividades culturales.

c) La creciente mejora en salarios y condiciones de vida, alcanzada con luchas, pero aceptada ya como necesaria y lógica.

d) La mitigación progresiva de las distancias económicas, y la aparición de una nueva mentalidad social, creadora y pacifista.

Donde la Electrónica y el Automatismo se alian

Conviene enfocar de cerca estos factores. En el capítulo anterior se ha intentado relevar la significación revolucionaria de los últimos descubrimientos científicos y tecnológicos, y sería superfluo volver sobre el tema. Unicamente cabe señalar a la Electrónica, madre del Automatismo contemporáneo. Ella reemplaza al hombre no sólo en las fábricas sino también en las oficinas. Lo provee de una Memoria incansable e infalible. Le proporciona medios de investigación desconocidos. La Estadística era una ciencia agotadora que desfallecía agobiada e impotente ante las columnas de seis cifras. El hombrecito con lápiz en la mano quedó atrás, junto con su panorama matemático de horizonte recortado. Sólo con máquinas electrónicas han podido realizarse (1960) los cálculos complejos que demuestran que es imposible colocar un satélite a la Luna, salvo que se invente un freno espacial que lo libre de la atracción terrestre. Es sabido que todo cuerpo celeste ejerce una atracción cuya intensidad depende de su masa. Todos estos cuerpos se mueven, y están expuestos a una fuerza centrífuga que actúa contra las fuerzas de gravedad. Durante meses enteros, un técnico en balística y un matemático (Ingeniero Johan M. J. Kooy y Dr. J. Berghuis, "Teoría de los Satélites", Amsterdam) prepararon las preguntas a la calculadora electrónica que dio la respuesta negativa. El satélite lunar sería "absorbido" por la Tierra, cuya fuerza de atracción es mayor. Esta "Teórica de los Tres Cuerpos" había quedado insoluta durante lustros por falta de medios suficientes para la investigación. Quedó explicado, también, por qué Mercurio y Venus, los planetas llamados inferiores, no tienen satélites. El Sol los "absorbería". Asimismo, la Electrónica ha desarrollado la cadencia de grandes cifras, permitiendo predecir las incidencias del futuro sobre muchos aspectos sociales. La Estadística ha dejado de ser "la forma más refinada de la mentira" y es la principal fuente de conocimiento de estas materias.

En otro orden, la Electrónica y la Radioelectricidad, ciencias hermanas, gemelas, impulsadas por las últimas Guerras Mundiales, dan nacimiento al radar, "que obtiene por sí mismo las informaciones que transporta" y que permite al hombre explorar día y noche a cientos de kilómetros de distancia en una fracción de segundo. Desaparecen los centinelas, las patrullas nocturnas, los vigías en los más tiles. Los tocadiscos, hijos de la Electrónica, desocupan al guitarrero de los balcones y los tubos luminosos, al lamparero de las minas. Pero, al mismo tiempo, demandan un nuevo tipo de trabajador, más técnico, para fabricar estos objetos, y más instruído para vigilarlos, corregirlos, componerlos o reemplazarlos. Por ende, hace necesaria la educación e impone una paga más alta. Hoy existe en el mundo gran escasez de obreros de esta especialidad. Y sin embargo, con la Electrónica en su estado actual, la producción industrial sube y sube, sin descanso y sin error, creando riqueza.

El Automatismo y la Productividad

Los tonos del cuadro contemporáneo no son sombríos. Dos hombres pueden disputar una naranja en el desierto del Sahara, si están muertos de sed, y se necesita un tercero, con un arma al brazo, para mantenerlos en paz, aunque generalmente él se la come. En las fértiles regiones del Satipo del Perú, por ejemplo, las naranjas abundan, sobran, ruedan por el suelo, y sería inconcebible luchar por su posesión. La Electrónica, impulsando el Automatismo, que se verá más adelante, introduce un factor nuevo. ¡Comienzan a abundar las naranjas! Las teorías de la escasez se derrumban, y también las marxistas. El profeta del socialismo —¡Siglo XIX!— asevera que el valor de una mercadería se mide por el tiempo del trabajo socialmente necesario para su producción, y que el salario no lo paga, porque éste sólo es una retribución ínfima del aprovechamiento de la fuerza de trabajo. Este concepto, tributario de Ricardo, encuadra dentro de las formas elementales de la producción, hace siglo y medio. ¿Pero ahora? "El concepto marxista del valor-trabajo se refiere al trabajo simple, imposible de encontrar en la realidad de hoy, si se considera la inextricable complejidad de los procesos productivos. Aquello (el trabajo) que según Marx debe medir el valor, no es, en la práctica, rigurosamente mensurable". (Pierre Fougeyrollas, "Le Marxisme en Question"). Se ha reiterado esta referencia deliberadamente. Porque si no se entiende la naturaleza de la transformación introducida por la Electrónica en el campo de la producción, se llega con una venda de prejuicios al espectáculo del automatismo, el Dios naciente, que inicia la liberación del hombre de la esclavitud del trabajo manual.

El Automatismo no tiene color político, porque no es antisoviético y tampoco antiyanqui. No odia a los negros, ni a los chinos, no tiene religión sin ser ateo, ni ideas políticas

republicanas ni monárquicas. No es liberal ni socialista. Es un poderoso demiurgo, hijo de la Ciencia, productor de riqueza, incansable, que no hace huelga ni se queja, que no reclama pago cada sábado ni aumento de sueldo en el semestre, porque viene a liberar al obrero de esta dependencia. Es esclavo del hombre, más seguro, más incansable y más exacto que su amo en el trabajo.

Su existencia empezó en los Estados Unidos, pero hoy tiene carta de ciudadanía en Europa Occidental y en la Unión Soviética. La impresionante Acerería de An Shan, en la Nueva China, agrupa 24 altos hornos y todos sus controles son automáticos. El trabajo se hace más eficiente. Se ha extendido su campo de acción. Hoy el automatismo se emplea en la fabricación de aparatos de televisión y de telegrafía. Además comienza a producir lo que la Naturaleza no da. "Ahora es posible controlar procesos excesivamente sensibles para el hombre. El politileno, que se ha hecho tan popular como el vidrio, no podría fabricarse a mano. Es hijo de la Automatización". (John Diebold. Boletín UNESCO, enero 1958). Además ha empezado a pensar. No sólo realiza el trabajo físico en la fábrica: ha penetrado en las oficinas, afectando el trabajo de la clase media y aun la dirección. La división clásica empieza a borrarse, y trabajo manual y trabajo intelectual se hacen con electrones. Aunque su edad es muy corta —¡nació en 1950!—, ya actúa en la producción de maquinaria agrícola, armamentos, cemento, equipo eléctrico, muebles, refinerías de metal, refrigeración, caucho sintético, cigarrillos, cerveza, lámparas, papel, en las comunicaciones postales, telegráficas, telefónicas, en los controles de stocks, archivo, pagos de salario, registro de tarjetas, solución de problemas meteorológicos, etc. (Frederick Pollock, "Automation"). La lista es impresionante. En algunos casos obedece a necesidades insalvables, como en las fábricas que preparan material fisible, con productos de alta radiación. En otros brinda un espectáculo como en los pasos a nivel, cuando el tren se aproxima trepidante, a 100 kilómetros por hora: se ve descender las barreras automáticamente, cerrando el paso, sin el clásico guardavía en su garita.

Según el Informe al Senado de los Estados Unidos, hecho por el Profesor Buckingham en 1957, el desarrollo del Automatismo se extenderá en tres zonas distintas: 1º, donde hace prácticamente el 100% del trabajo, como la extracción y refinamiento de petróleo; 2º, donde puede efectuar las tres cuartas partes de las operaciones, como en el transporte; y 3º, donde la naturaleza individual del producto le deja poca ingerencia. En Gran Bretaña se estima que afectará al 40% del trabajo industrial, o sea al 15% de la población económicamente activa. En las oficinas puede afectar a otro 5%. Pero la desocupación es otro aspecto del problema que se verá después. Lo evidente es que el Automatismo no se detendrá. Quien lo rehuse quedará como una estatua de sal, amarrado al pretérito, mientras los otros avanzan. No se concibe la seguridad del tráfico de ferrocarriles, barcos, automóviles o aviones, ni la perfección en la transmisión de noticias, sin los factores automáticos que dan elementos irreemplazables. El hombre que manejaba la llegada de aviones agitando sus brazos con banderas no es concebible en la época del Jet que aterriza a 500 kilómetros por hora.

Quizá el factor llave en el progreso del automatismo es el computador digital electrónico, llamado "cerebro-robot". Su impacto en las investigaciones científicas es conocido, pero su trabajo en la industria, el comercio y la vida fiscal principia. Se le utiliza para los más diversos fines. Es capaz de analizar en minutos los resultados del pago de millares de imponentes del Estado, seleccionándolo por profesiones, por volúmenes o por zonas. Es capaz de efectuar, con exactitud y a alta velocidad, en las redes del tráfico aéreo, hasta sesenta millones de reservación de asientos por año, sin errores ni olvidos. Originalmente, las computaciones del robot se escribían a una velocidad de 70 palabras por minuto, hoy se llega a 300, y entra al mercado uno que escribe 3,000. Con un sistema de impresión electrostática, se alcanzará a copiar una novela de sesenta mil palabras en menos de un minuto. (Harford Wells, "The Robot Brain", 1960). Su costo es muy elevado aún, entre 200,000 y medio millón de dólares. Sólo los emplea el Estado o grandes firmas, o cooperativas de empresas medianas que los utilizan en común. Recién nacido, en su cuna de acero e impulsos eléctricos, el Autómata moderno viene a ayudar a construir una sociedad donde la lucha por la posesión carecerá de objeto, si los protagonistas sociales del progreso saben dirigir su avance. O como se escribe en un libro que funde en un pensamiento poliédrico la ciencia, la filosofía, lo poético, lo humano y lo divino: "Presiento que la Cibernética llegará pronto, porque se ha calzado las botas de Siete Leguas, a vislumbrar, a través de las experiencias mecánicas, muchos de los fenómenos de la vida y del pensamiento, pero debo aclararlo, sólo en el tramo funcional de ellos, en su despliegue formal". (Arturo Aldu-

nate Phillips, "La Quinta Dimensión", pág. 254).

El Automatismo "es el resultado progresivo de la mecanización que, partiendo de la rueda, ha hecho de la técnica mecánica uno de los instrumentos fundamentales del bienestar humano". (Claudio Esteva Fabregat, "La Automatización"). Suele producir alarma por falta de perspectiva histórico-social, porque muchas personas, que no dominan los materiales que forman la nueva situación, consideran amenazada su seguridad tradicional. En realidad, el Automatismo es sólo un aspecto de la Productividad, principal objetivo, que impulsa la Segunda Revolución Industrial.

La Productividad es una noción científica y se la define como "una medida del progreso técnico". (Jean Fourastié, "La Productivité"). Todavía la confunden con producción. Podría explicársela mejor diciendo que procura alcanzar los mayores rendimientos en relación al espacio disponible o a la fuerza empleada. Por ejemplo, se aumenta la "productividad" del suelo cuando la ciencia agrológica descubre el sistema que permite aumentar el tamaño de las papas o su número dentro del mismo surco. Acrece la "productividad" industrial cuando se gasta menos tiempo, o menos esfuerzo, en fabricar objetos. ¡Rendir más y más! Este paralelo impulso movió a Taylor y al taylorismo en los Estados Unidos capitalistas, y a Stakanov y al stakanovismo en la Unión Soviética. La practican en común las naciones más opuestas en ideología social. Los analistas la trataron desde hace mucho tiempo. Fourastié señala que el corte de cabello ha sido, desde los tiempos más antiguos, el reflejo aproximado del salario medio de un país, es decir, que con su salario real el peluquero compra las mismas cosas con el mismo trabajo, desde el tiempo del Rey Sol hasta la víspera de la máquina eléctrica. Hace cien años este precio equivalía al de un espejo diminuto. Hoy la "productividad" en la fabricación de espejos ha aumentado y el corte de cabello equivale a un espejo más grande. (Alfred Marc, "L'Evolution des Prix Depuis Cent Ans").

Las consecuencias sociales de la aplicación del concepto de "productividad" son infinitas. Desde el ángulo que concierne al desarrollo de la Segunda Revolución, la Productividad saltó de la mera calidad en los métodos al incremento de la cantidad en los productos. Ella es el aguijón continuo que acelera el desarrollo científico y tecnológico. Como meta, el hombre procura producir más y más, con el menor esfuerzo posible del más limitado número de personas. Cuando la "Barrera de lo Necesario" se alcance y se rompa, no por los yerros que generan las crisis cíclicas, sino como fruto espontáneo, sistemático, congénito, del modo de producción, ese será el síntoma de la nueva sociedad que nace.

¿Desocupación, o nuevos niveles de trabajo?

Entre tanto, el efecto notorio es el desempleo que se produce. La eventual desocupación causa alarma porque la noción de trabajo (ocupación) está ligada a la de ingreso (dinero) en la sociedad contemporánea. Pero ¿si ésta transforma sus bases? Se trabaja para producir porque no hay producción espontánea (ni automática) y porque el trabajo es indispensable. Empero, la sociedad va adecuándose desde el comienzo a las nuevas condiciones. Varios factores intervienen, que serán mencionados y analizados más adelante. Lo que parece obvio es que el miedo al Automatismo refleja el atraso educacional. Así como el obrero británico de Birmingham rompía los telares mecánicos hace un siglo, creyendo detener el progreso que después hizo a su ciudad una metrópoli, así el pávido contemporáneo, educado a la antigua, que no sabe de Electrónica ni Radioelectricidad, teme, desde el fondo del alma, lo desconocido que golpea su puerta.

Algunos creen que la desocupación sobrevendrá de la noche a la mañana, como una epidemia de gripe asiática. El Automatismo supone una extrema complejidad técnica en la producción, una elevada inversión de bienes de capital y hace obligatoria una elevada productividad. Todavía subsisten cientos de fábricas de tejidos con viejos telares, contemporáneos de la guerra de los Boers. Sus propietarios o no pueden o no se atreven a dar el salto de calidad. La desocupación no sobreviene como el licenciamiento al final de una guerra. Aún en Estados Unidos e Inglaterra, el Automatismo sigue ritmos distintos. Las plantas de Ford en Cleveland tienen un capataz por cada 16 máquinas, y la misma empresa en Detroit uno por cada 31. De otro lado, aumenta el número de jefes y técnicos que dirigen y controlan la producción y sus aumentados frutos. Crece también el número de trabajadores destinados a conservar la maquinaria. En un ensayo sobre el tema, se ha llamado "desocupación transitoria" a los efectos del progreso tecnológico. (C. Gini, "Pathologie Economique"). La verdad es que las Estadísticas revelan que el porcentaje de desocupados se ha mantenido por debajo de un décimo de la población económicamente activa, y acusa un descenso continuo. El fantas-

ma de la desocupación masiva, como apareció en el siglo XIX, no ha mostrado su peligroso rostro. Por una parte los costos: una planta de amonio demanda un capital de US$ 42,500 por cada obrero empleado en la producción. Del otro, que el aumento de demanda obliga a mayor producción y productividad, a veces sin disminuir obreros. La industria eléctrica en Estados Unidos elevó de 1947 a 1955 el 87% de su producción y el 20% del número de trabajadores. La Westinghouse, incrementó en 15% la mano de obra y en 100% la producción. Un ejemplo puede clarificar las cosas: la invención del automóvil provocó la desocupación de los cocheros. Fue una "desocupación transitoria". La desaparición del auriga dio nacimiento al chofer. Sin exponer sus espaldas al frío nocturno y a la pulmonía, sin azotar los caballos a latigazos para correr a 20 kilómetros por hora, el conductor moderno mejoró sus condiciones de trabajo, con mejor ingreso. Ha aumentado su número, y entre fabricantes, vendedores, garagistas, mecánicos, pintores, publicistas, pompistas, etc., son cien veces más que los "desocupados" cocheros de ayer.

Sería aventurado calificar de desocupación masiva el efecto de la Segunda Revolución Industrial, y menos tenerla como análoga a la que ocurrió en el siglo XIX. El trabajo humano, en conjunto, se desplaza hacia otras formas. Por ejemplo, hacia la invención de maquinarias automáticas, su diseño, su construcción, su experimentación, el control de su manejo, su conservación. Se libra al hombre del pesado trabajo físico, pero encuentra otra ocupación, más noble, más creadora. La sociedad va transformándose al conjuro de los nuevos factores en acción. Cuando la "desocupación transitoria" se produce, hay organismos de asistencia social, paga por despido, indemnizaciones, organismos públicos y privados que abordan los efectos inescapables, atenuándolos, a la espera del reajuste general. Encaran las consecuencias del proceso, porque el Automatismo es indetenible. Esto es lo realista. En todo caso, vale la pena observar que Holanda, el país más densamente poblado del mundo, y uno de los más industrializados y automatizados, tuvo que importar en 1960 varios miles de trabajadores italianos, porque le faltaba mano de obra

La prolongación de la edad escolar

Uno de los efectos más sugerentes es la prolongación del período escolar, vale decir la mejora de la educación. La Segunda Revolución Industrial recaba un obrero más preparado, y exige mejor enseñanza. Al extenderla, absorbe una parte de la población. Antes, para roturar un camino, un capataz desalmado contrataba una cuadrilla de obreros analfabetos, les hacía vivir en condiciones miserables, les pagaba un jornal mísero, y los hacía trabajar, pala en mano, acarreando tierra o rompiendo piedras, de la mañana a la noche. Hoy un "bulldozer", manejado por un chofer y sus ayudantes, sustituye a la cuadrilla. El bulldozer puede costar miles de dólares, y el chofer debe ser letrado y sus mecánicos expertos. El progreso general determina que haya más bulldozers hoy que cuadrillas ayer. El niño que integraba a la cuadrilla no puede conducir el bulldozer y va a la escuela. ¿Desocupación nociva?

Sería un yerro caer en un optimismo sistemático, pero más grave es la posición antagónica, el negativismo reticente e infecundo, legado por rutinas mentales, hijas del panorama pasado. Si la Revolución es un hecho, y arrastra, hay que ser protagonistas dentro de ella y conducirla. Cabe repetir: la desocupación era una desgracia cuando el salario era la única fuente de sostenimiento. En lo que concierne al niño, hoy puede prolongar su período escolar porque el salario paternal y los organismos asistenciales ayudan a abordar el problema. Hace un siglo, en Suecia, gran país industrial de hoy, sólo 434 alumnos terminaban su educación secundaria cada año. El total de alumnos universitarios era de 1,663. En 1939 la primera cifra montó a 4,000 y la segunda a 24,000. En 1830 el 60% de los franceses de veinte años no sabían leer ni escribir, e igual proporción existió en Bélgica en 1850, en Italia en 1870 y en Rusia en 1900. (Jean Fourastié, "La Civilisation de 1975"). Hoy los iletrados son menos del 10% de toda nación avanzada. La enseñanza elemental, para leer a trompicones y escribir con falta de ortografía, es una provisión de conocimientos rudimentarios, insuficientes, que a veces desorientan a quien la recibe, o los provee de armas rústicas para abusar de sus semejantes ignaros. "Se coloca así en el niño un tronco, sin ramas ni hojas, que queda en su cerebro como una caña en una meseta. Sólo la enseñanza de segundo grado da las ramas, y únicamente la superior permite obtener hojas y frutos". (Jean Fourastié, Ob. cit.)

Hoy se necesitan conocimientos superiores extendidos. Faltan expertos en todas las ciencias nuevas. Estados Unidos y Rusia tienen más de dos millones de estudiantes de grado superior. Las Estadísticas miden el progreso

cultural por la proporción de alumnos universitarios en relación al conjunto de la población. Estos jóvenes de 14 a 20 años son arrancados al trabajo prematuro. Su entrada a la escuela no es desocupación, ni lamentable ni temible. Cuando las máquinas restan brazos humanos jóvenes al trabajo físico, no efectúan la cruel operación de desalojo del siglo XIX, sino que seleccionan al adulto y al joven, orientándolos a sus respectivas funciones pertinentes. Esto no se realiza al azar ni por efecto automático. Intervienen personajes colectivos que antes no existieron: los sindicatos, los partidos políticos, el Estado. El progreso técnico lo permite, abriendo paso a la vida del espíritu y derrumbando, también, la extendida resistencia intelectual al proceso creador del mundo mecanicista. "Obnubilado por los hechos, el ciudadano medio de cultura tradicional teme ver la civilización intelectual hundirse en la civilización mecánica. En realidad es lo contrario lo que se producirá. El progreso técnico libera al hombre del trabajo servil. Y este mismo progreso obliga al trabajo del espíritu. Nada será menos industrial que la civilización nacida de la revolución industrial. La condición proletaria irá desapareciendo con el período transitorio que le ha dado nacimiento. (Jean Fourastié, Ob. cit.)

El crecimiento de las Industrias Terciarias

De otra parte, el Automatismo avanza casi exclusivamente en la producción primaria, en las industrias de transformación, en trabajos matemáticos, de control, y nemónicos, pero el campo del servicio —salvo excepciones— resta infranqueable. "Con el nombre de Producción Primaria incluimos la agricultura, ganadería, pesca, caza y la forestal. La minería debe incluirse en la Producción Secundaria, junto con las fabricaciones, construcciones, trabajos públicos, gas y electricidad. La Producción Terciaria se define por sus diferencias con las anteriores, e incluye la Distribución, el Transporte, Administración Pública, Servicio Doméstico y las actividades que no producen nada material y tangible". (Colin Clark, "The Conditions of Economic Progress"). Es muy importante esta definición para apreciar cómo el Automatismo incide principalmente en la Producción Primaria, liberando al obrero de la maldición bíblica de ganar el pan con el sudor de su rostro. Una miopía social lleva a quienes no entienden los caracteres dinámicos del proceso, a exagerar, lamentándola, esta "desocupación transitoria". Olvidan que el peón analfabeto, que corta caña bajo el sol tórrido, con la espalda desnuda, hiriéndose con las hojas cortantes, gana un salario miserable, porque aprovechan su ignorancia. La segadora mecánica lo "desocupa" de la esclavitud. El minero que se agaza-pa en las tinieblas de los socavones, para arrancar migajas de metal, es una víctima, que hoy sustituyen las perforadoras eléctricas, manejadas por expertos alfabetos, bien protegidos, y con mejores salarios. Es la obra de los Sindicatos, y del Automatismo. Pero ¿a dónde van los desplazados?

En 1850, hace un siglo, dos de cada tres trabajadores norteamericanos dependían de la Producción Primaria y Secundaria. Medio siglo después, sólo un 33%. Sin embargo, la producción agraria aumentó. Estadísticas recientes revelan que la mecanización de los campos arroja gentes, que absorben las industrias, y cuando éstas se automatizan, se desplazan a la Producción Terciaria. No obstante el tremendo avance del maquinismo contemporáneo, la desocupación, en cônjunto, es inferior al 10% de la población que trabaja. Las mismas estadísticas norteamericanas revelan que desde 1945 a 1948 el número de mineros descendió, se mantuvo igual el de obreros de fábricas, y de transportes, pero aumentó el de servicios y empleados públicos. La misma tendencia acusan las Estadísticas de las Naciones Unidas. (Nations Unies, Bulletin de Statistique, febrero 1960). Un análisis de la situación económica de la Pequeña Europa (Alemania, Francia, Italia, Holanda, Bélgica y Luxemburgo), revela cifras muy significativas: la agricultura absorbe el 25.3% de los trabajadores y produce el 13% del ingreso total, las Industrias ocupan el 39.9% de los obreros y aportan el 45% del Producto Nacional Bruto, y las Industrias Terciarias dan trabajo al 34.8% de la población activa y crean el 42% de la riqueza de conjunto. (Report on the Economic Situation of the Community, septiembre 1959).

Quizá resulte compleja y sutil la figura de la "desocupación transitoria", y fuera de cánones estáticos. Pero el auriga se volvió chofer y duplicó en número, el peón analfabeto aprendió a leer y escribir, y maneja un tractor, que antes no existía. Han aparecido el cine, la radio, la televisión, que demandan gran cantidad de personal especializado para fabricación, atención, servicio, programas artísticos, ideación argumental, publicidad, etc. Por su parte, el turismo, hijo de la rueda movida a gasolina, ha creado el balneario, el viaje en caravana, los hoteles, las fotografías en colores, los guías, los intérpretes, los vendedores de recuerdos, etc. Cualquie-

ra sea el campo de observación del estudio, se advertirá el mismo fenómeno traslativo: desaparecen ciertas formas de trabajo, y dan nacimiento a otras, directas o indirectas, pero casi siempre en más elevado nivel, y casi todas en los servicios.

La Revolución del Super-Market

Quizá la única excepción es la llamada "Revolución del Supermarket" (Franklin Lunding, "The Revolution in Food Distribution"), continuidad de la producción en masa a la distribución en serie. Hay un salto de calidad desde el viejo establecimiento con balanzas que pecan venialmente, donde se compra haciendo cola, mercaderías apiladas, que se cortan o miden a mano, hasta el autoservicio. El detallista clásico corta el queso, desmenuza la gallina, pesa un kilo de azúcar, serrucha los huesos de la vaca, gastando tiempo propio y ajeno. La concepción del Super-Market ha dado nacimiento a industrias de envase, que producen cientos de preparados distintos, con una creciente tendencia a ofrecerlos listos para la mesa. Los espárragos se congelan y limpian, la carne se enlata lista, las ensaladas y las frutas llegan intactas e incólumes. Todos tienen el mismo peso y el mismo precio, y no hay ni rebajas, ni sisas maliciosas. Los costos pueden reducirse, y puede venderse más barato. El hombre gasta lo mismo en su alimentación, pero mejorándola en cantidad y calidad. El comprador hace libremente su elección, escoge, mira, decide, sin influencia ajena. Cuando el comprador toma su carrito, entra al Super-Market como un soberano ante vasallos, disfrutando del máximo de libertad. Es el anticipo de la sociedad futura, de la verídica democracia económica, basada en la libre elección, y no en la necesidad o la imposición. Los "Super-Markets" han revolucionado los sistemas de distribución, aligerando el costo de la vida. Lo único inexplicable es que en América Latina se provean principalmente con productos de importación norteamericana, cuando ese sistema puede aplicarlo cada país, en su propio beneficio, para sus propios productores y fabricantes.

También produce la "desocupación transitoria", de la empleada doméstica, del niño que lleva los paquetes, del detallista clásico. Pero surgen nuevas industrias. Se consume más hojalata, se da más trabajo a las imprentas, a la publicidad, a los autos de alquiler. Se gana tiempo y se economiza dinero. En el parentesco interminable de los fenómenos sociales, el Super-Market es hermano del Refrigerador y del Parqueo en extramuros. Y va creando, en su pequeño pero activo mundo comercial, otro grupo típico de actividades de Producción Terciaria, cada vez más amplio y más denso. El efecto es importante para los Sindicatos, porque forma una clase media, autónoma, reacia a la disciplina. Pero esto se analizará después.

El cerco de las poblaciones marginales

Otro efecto contemporáneo típico es la migración interior, el desplazamiento de la población del campo a la ciudad, y la consecuente formación de grandes metrópolis. El promedio de aglutinamiento urbano alcanza a los dos tercios de la población en los países avanzados. La productividad del trabajo rural es baja. Un hombre que trabaja ocho horas por día en la agricultura rinde por año tres veces menos que el obrero de una fábrica (no automática). Además, el impresionante espectáculo del confort, de las atracciones y placeres, se disfruta casi exclusivamente en las ciudades: los grandes espectáculos artísticos o deportivos, el periódico informativo cada pocas horas, los Museos, las Universidades, los teatros, los jardines zoológicos y botánicos, etc. La absorción demográfica debilita a las provincias, que languidecen, fortaleciendo la macrocefalia demográfica. Hay países cuya capital contiene gran parte de su población. En Uruguay, con 2'800,000 habitantes, más de un millón vive en Montevideo. Argentina, con 20 millones, agrupa cinco en el Gran Buenos Aires. Fenómenos análogos ocurren en Europa y América del Norte. El conocimiento, aunque sea desde los bordes, del progreso, crea una actitud psicológica distinta a la del resignado rutinarismo de épocas anteriores. La llegada de los rústicos a la ciudad puede significar su incorporación, como acontece en países avanzados de Europa, que no conocen el arrabal miserable, ni el mendigo, ni la choza. Pero en otras regiones, los rurales quedan en la periferia, hacinados en condiciones subhumanas, oteando de lejos la prosperidad ajena. Es el cerco de la sociedad rica, paralelo al que emplazaron las tribus bárbaras en torno del Imperio Romano, hasta que la invasión de los hunos estimuló a todos, produjo la impulsión y la catástrofe.

Una clase verídicamente dirigente no es tal si no sopesa estos ingredientes y de veras dirige la transformación que permiten los progresos científicos y tecnológicos. Desde el punto de vista de nuestro análisis, este to-

rrente migratorio hacia las metrópolis, creando un mercado más próximo, y una iniciativa más vivaz, contribuye al desarrollo industrial y especialmente a la Producción Terciaria. Se ha advertido el incremento de los empleados públicos durante los últimos años, lo que provoca una curiosa reacción de queja. Se arguye que el aumento de burócratas es un signo de despilfarro. Suelen aseverarlo contribuyentes que desean verse exentos de impuestos para acumular su ganancia sin desmedro. Pero, más al fondo, fuera de las exageraciones y yerros que a veces acontecen, aquel crecimiento es la réplica espontánea de la Sociedad. Aumentando los servidores, el Estado absorbe parte de los desocupados de las Industrias Primarias y Secundarias, y atiende funciones antes olvidadas, o inexistentes: mejoramiento y prolongación de la enseñanza, prestación de servicios sociales, inspección de higiene, y aun entretenimientos. Así, la Segunda Revolución Industrial, al incrementar los medios de producir, gesta fenómenos emparentados, superficialmente remotos e inconexos, como la desocupación en los campos, y la acumulación en las ciudades. Ellos, a su turno, por la adquisición de una más clara conciencia social y política, por el estimulante espectáculo próximo del progreso hecho confort, engendran una indetenible transformación. El Estado, gravando utilidades, crea recursos para abordar y conducir sus efectos.

Las Corporaciones Gigantes

No solamente las poblaciones se concentran en las ciudades, como un efecto de la Segunda Revolución Industrial. También la dirección de la producción y de la distribución se concentra en las corporaciones gigantes. "El mecanismo del mercado libre ha sido reemplazado por esas vastas combinaciones, casi imperios, que son como el poder del Estado mismo". (H. Laski. "Reflexiones sobre la Revolución de Nuestro Tiempo").

Al aserto de que a mayor tamaño en el mercado, menores costos operacionales, y mayores utilidades, corresponde, como consecuencia, el nacimiento de las entidades mamuths. Cien factores convergen hacia la necesidad de la gran concentración. Aparecen los titanes internacionales de la industria: la General Motors, la Unilever, la Standard Oil o la General Electric, que no sólo ganan estatura dentro del perímetro nacional, sino que lo desbordan, asentándose en todos los rincones de la tierra, haciendo conexiones, racionalizando su respectivo proceso, adecuándose, en verdad, a las consecuencias del progreso tecnológico que ha achicado al mundo. En próximo capítulo se analizará este proceso y sus efectos. Por ahora debe agregarse, en el examen de la Segunda Revolución Industrial, que las Corporaciones Gigantes escapan del control de los propietarios individuales, autocráticos, y son manejadas por un núcleo. "El poder real está en las manos de un pequeño grupo de capitalistas, gerentes y empleadores" dice Sternberg. (F. Sternberg. "The Military and Industrial Revolution"). El fenómeno fue entrevisto, hace años, en un libro perspicaz, que diagnosticó la "revolución de los directores" y que tuvo mucho éxito en su época. (James Burham. "La Revolución de los Directores"). Cuando fue escrito no se habían producido aún los procesos del Automatismo, ni los cambios sociales e internacionales. Laski, después, publicó otra obra en la cual sostiene que "cuando este régimen quebrantó el principio de sangre como fundamento del privilegio, reemplazándolo por el de la fortuna, segregó un veneno fatal: la idea de que la adquisición de bienes, como principal fuente de poder, era el verdadero fin del hombre". (H. Laski. "Reflexiones sobre la Revolución de Nuestro Tiempo"). Ambas aseveraciones —y todas las análogas— sólo son aspectos de una realidad en movimiento continuo y en perpetua transformación. Porque la posesión de naranjas puede ser fuente de poder en el Sahara, pero no en los próvidos naranjales del Paraguay. Y así como el capitalista individual ha sido acorralado por el Gerente de empresa moderno, éste resulta absorbido por las consecuencias sociales de su propia actividad. Crea y crea, produce y produce, y como no actúa en el vacío, como el siglo XX es distinto al siglo XIX, como ahora hay Sindicatos y partidos políticos, y Estado que controla, los frutos de su creación, multiplicados por la varita mágica del Automatismo, recortados por la participación estatal, disputados por los reclamos obreros, determinando efectos más allá de los límites nacionales, le crean una psicología de reacciones diferentes. El panorama social es distinto. Enfrenta un mundo más organizado. No es del dueño absoluto, y comprende la necesidad salvadora de una cooperación. Porque en el otro extremo del dilema asoman su rostro la nacionalización o el despojo. En un interesante debate, sobre las funciones patronales contemporáneas, los más conspicuos especialistas de Francia reconocieron que "el jefe de empresa de hoy no sólo requiere preparación técnica, sino especialmente económica, política y humana". ("Le Monde", abril 1960).

El rol del Sindicato
en la época que nace

Paralelamente se produce una creciente revolución en los Sindicatos. Durante la Primera Revolución Industrial, los obreros desconocían el proceso que los arrastraba, y estaban desorganizados e indefensos. Hoy es muy distinto. Aunque subsisten muchas pequeñas empresas, con pocos trabajadores, y sin entidad sindical, el símbolo de la Segunda Revolución es la gran fábrica, con cientos o miles de obreros, donde el Sindicato asume personería cada vez de mayor importancia y más extendidas funciones. El ejemplo viene de los países adelantados, que marcan el paso a los demás. En otros, recién comienza la evolución. En América Latina, sobreviven empresas, particularmente agrícolas, que arrastran empecinadamente arbitrarias formas feudales y niegan a sus obreros el derecho de federarse. Pero aún en estos países, el ejemplo y la influencia del trabajador sindicalizado resultan creadores. En verdad, los Sindicatos no abarcan elevados por cientos de la sociedad. La población económicamente activa sólo es una parte del conjunto, y las Centrales Obreras aglutinan una porción de aquélla. En rigor, son minoría de una minoría, ciertamente más activa y consciente, la más intuitiva clase, que no sólo transforma sus propias condiciones sino que influye sobre el proceso entero de la sociedad. Una minoría paralela a la otra minoría gobierna el lado patronal. Entre ambas afrontan la común causa del crecimiento conjunto, discutiendo, luchando a veces y otras entendiéndose, pero avanzando todos en el mismo barco.

Por eso los Sindicatos poseen un poder directo, y otro de reflejo. Vale decir, no solamente imponen condiciones de trabajo y salario, en determinadas empresas, sino que sus acuerdos rebotan en organizaciones análogas, y marcan normas generales, transmitiendo sus efectos a los precios, y a las condiciones de vida.

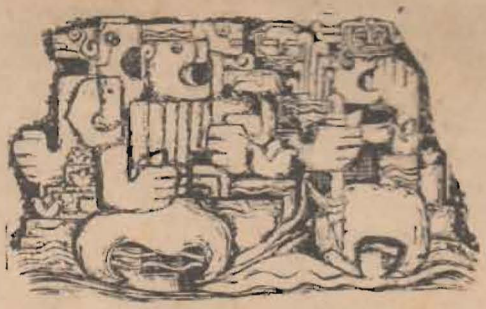
La sociedad contemporánea debe mucho a los Sindicatos. Así como la Revolución Militar es hija de su acoso al progreso científico, así la Organización Sindical representa el aguijón incansable de los avances tecnológicos y de la elevación del nivel general de vida. Basta mirar cincuenta años atrás para apreciar la magnitud de los cambios. Al empezar la Primera Revolución Industrial las jornadas eran de 12 y 14 horas, los salarios miserables, las condiciones de trabajo pésimas, y en conjunto la explotación era inhumana. Hoy va cambiando el panorama. La lucha continua, muchas veces cruenta y heroica de las organizaciones obreras, ha conseguido la jornada de 8 horas diarias como norma casi universal, y ahora la semana de 44 horas, y mañana la de 40. El Sindicato, por este medio, evita que la desocupación se extienda. Impone la reducción de jornada, que no disminuye el número de trabajadores. Respecto a los salarios, los Sindicatos han obligado una participación más equitativa de los frutos del trabajo, combatiendo la voracidad o codicia de ciertos grupos patronales, egoístas o insensibles. De esta manera, el Sindicato ha descubierto una verdad elemental: "a mayor poder adquisitivo distribuido en el Mercado, mayor posibilidad de bienestar para todos". El Sindicato es otro de los grandes protagonistas de la Segunda Revolución Industrial. "Los dirigentes sindicales deben estudiar estos problemas, asesorarse y difundir entre los obreros la conciencia de que tales problemas (la Segunda Revolución Industrial) existen, y que su solución es básica para su propio bienestar". (Víctor Alba, "América Latina", pág. 60). La clase obrera, en la nueva etapa, entiende claramente su rol de cooperación constructiva. Aprovecha la máquina y el industrialismo, y no mata la gallina de los huevos de oro.

Naturalmente, los Sindicatos para "seguir el paso", deben percatarse que el rudo trabajo primario se transforma en trabajo especializado, que se fortalecen especialmente las Industrias Terciarias, y que les incumbe la tarea de asumir por sí mismos, o reclamar del Estado mejoras en la enseñanza técnica, para que los obreros jóvenes queden aptos para las nuevas condiciones de lucha por la vida. Esto impone, como se ha visto, la prolongación del período escolar, otra forma de absorber desocupación. Asimismo los Sindicatos alertan los efectos de la "desocupación transitoria", recabando indemnizaciones, ayuda técnica y salarial. De otra parte extienden su organización a las clases medias y al personal individualista de las Industrias Terciarias. Nada podrá separar al Sindicato del moldeamiento de la nueva organización social, ni disminuir el influjo de su presencia y acción.

Igualmente las formas democráticas universalizadas, la existencia de partidos políticos que canalizan la voluntad del electorado, y el método de creación de autoridad a través del sufragio, aseguran a la sociedad que nace con la Segunda Revolución Industrial, una flexibilidad que no tuvo la que acunó la Primera. El Estado no es hoy la insensible y rígida criatura de los poderosos burgueses que derrotaron al feudalismo. A su través, y

por su subsistencia, la sociedad se defiende de los excesos de las partes que la integran. Una tradición legal, acentuada y definida, regula los abusos del monopolio y frustra la posibilidad de un colapso. El peligro de la Segunda Revolución consiste en que, sustituyendo hombres con máquinas, unos pocos intenten monopolizar el poderío económico y la riqueza. Pero como no se aumenta la producción por placer, sino para el consumo, sin poder de compra ajeno, aquélla no existiría. Los fenómenos son complejos. La Segunda Revolución ha descubierto que puede mejorarse la condición del hombre con el trabajo de las máquinas, satisfaciendo así el anhelo de los pueblos rezagados. Todos los países han aprendido la lección, unos más que los otros, y la han puesto en práctica. En verdad la revolución en la India comenzó cuando llegaron los primeros telares mecánicos, y se abandonó el huso y la rueca. La escena universal es muy distinta del siglo XIX, cuando Gran Bretaña, monopolizadora del invento, impuso condiciones, muchas veces con la eficaz cooperación de su marina de guerra. Hoy prevalecen nuevas tendencias, que se examinarán más adelante. Una de ellas, deseando ampliar los mercados, lleva a los países de vanguardia a procurar el avance del resto. Han entrado en primera fila mundial Rusia, China y la India. El Automatismo y la Electrónica tienen nuevos espectadores. El do es más estrecho, y posee un sentido de responsabilidad social más acusado y alerta.

Del libro de Manuel Seoane "Las Seis Dimensiones de la Revolución Mundial".— Capítulo IV. Empresa Editora "Zig–Zag" S. A. 1960. — Santiago de Chile



Manuel Vásquez Díaz

Balance del Aprismo

"...¿el desarrollo de la lucha revolucionaria en nuestros países, ha justificado con hechos la posición que tomó Haya de la Torre...?

TRATARE de analizar el movimiento aprista en su manifestación teórica y práctica, simplificando el análisis en lo posible. Estableceré, primero, determinadas generalizaciones básicas y me detendré, después, sólo en algunas precisiones indispensables.

En primer lugar, considero necesario establecer una diferenciación entre ciertas palabras claves que sirven para conocer y definir el movimiento aprista y que se utilizan con frecuencia. La palabra APRA es la sigla de la Alianza Popular Revolucionaria Americana. No debe, pues, confundirse la denominación APRA, que sirve para definir una alianza popular y revolucionaria de proyección indoamericana o continental, con el Partido Aprista Peruano, cuya sigla, PAP, sirve para definir un partido político circunscrito al Perú. Este deslinde, desde el punto de vista teórico y práctico, es indispensable para evitar confusiones, pues es lógico inferir que la Alianza Popular Revolucionaria Americana fue constituida para alcanzar determinados objetivos de tipo indoamericano o continental, y que el Partido Aprista Peruano, llamado también Partido del Pueblo, tuvo desde su origen objetivos políticos dentro de un marco de acción exclusivamente peruano. Desde el punto de vista teórico, existe el pensamiento aprista que orienta a todo el movimiento en su doble manifestación de tipo continental o general, y en su aspecto particular o específico en cada país indoamericano, tal como sucede en el Perú.

Para establecer aun con mayor claridad la diferencia entre APRA y Partido Aprista Peruano, hay que decir que el APRA, de acuerdo con el pensamiento aprista, señala los objetivos estratégicos del movimiento continental aprista, y que el Partido Aprista Peruano realiza las maniobras tácticas que juzga convenientes para lograr el triunfo de sus objetivos estratégicos. Juzgo pertinente hacer una comparación, por ejemplo, con el movimiento marxista, el cual, según Marx, tenía como finalidad estratégica la implantación del socialismo mundial, o sociedad sin clases, y como objetivos tácticos las luchas circunscritas del proletariado de cada país, luchas episódicas tendientes a conquistar la meta internacional propuesta. Igualmente, el pensamiento aprista sintetiza los objetivos estratégicos para la lucha internacional en los países indoamericanos, en los cinco puntos que propuso, y que no han sido cambiados, desde que quedó fundada la Alianza Popular Revolucionaria Americana. Ahora bien, para alcanzar los objetivos estratégicos se deben realizar maniobras tácticas, en este caso concreto, las acciones de los partidos apristas, el Partido Aprista del Perú siendo el más importante. Hay, pues, diferencia entre APRA

y Partido Aprista del Perú, de la misma manera que hay diferencia entre la meta mundial del marxismo y la acción de los partidos marxistas en cada país. Insisto en afirmar que los objetivos estratégicos continentales corresponden a todos los países indoamericanos unidos en una alianza popular y revolucionaria; y que al Partido Aprista Peruano corresponde una acción nacional en el Perú.

Es natural que el movimiento aprista se haya desarrollado con fuerza incontenible en el Perú, en primer lugar, porque el fundador del movimiento y la gran mayoría de sus principales teóricos han analizado en profundidad y extensión la realidad específica del Perú, desarrollando su acción fundamentalmente en dicho país. Sin embargo, es necesario dejar constancia expresa, puesto que se trata de un hecho trascendental, por múltiples razones y para múltiples explicaciones, que primero surgió el APRA y que, como consecuencia lógica e inevitable de la Alianza Popular Revolucionaria Americana, años después surgió el Partido Aprista del Perú. Desde el punto de vista teórico, un movimiento político de envergadura continental como el Aprismo, no podía surgir planteándose objetivos tácticos, sino estratégicos. Marx también tuvo que plantearse los objetivos estratégicos del socialismo mundial, para poder señalar las maniobras tácticas que debería realizar el proletariado de cada país, a fin de avanzar hacia el logro de la meta internacional propuesta. En el *Manifiesto Comunista*, Marx señaló el objetivo estratégico que debe seguir el proletariado mundial y, después, para conseguir dicho objetivo, se organizaron los partidos marxistas en cada país. Similarmente, en el movimiento aprista, fue la teoría la que determinó la práctica, y ya que se trata de un movimiento que no ha cesado de luchar y que aspira a la victoria, diré siempre en lenguaje militar, que fue la estrategia la que determinó la táctica.

Teoría Política del APRA

El profesor Harry Kantor, una de las autoridades más competentes en el estudio de la realidad latinoamericana, en los Estados Unidos, ha realizado un análisis objetivo y pormenorizado del Aprismo. En su libro —traducido al español y publicado por la editorial *Humanismo* que dirigía Raúl Roa— con el título de *"Ideología y Programa del Movimiento Aprista"*, dice lo siguiente:

"En la ciudad de México, el 7 de mayo de 1924, Haya de la Torre propuso la creación de una Alianza Popular Revolucionaria para América. Todos los latinoamericanos fueron invitados a unirse a la nueva organización. Es de las iniciales de su nombre, Alianza Popular Revolucionaria Americana, que se acuñó la nueva palabra APRA, sigla de la organización; Aprismo, doctrina de la organización; y aprista, el miembro afiliado a esta organización".

La fundación del APRA, como organización de carácter latinoamericano, tiene, pues, una fecha histórica conocida y reconocida. Los cinco puntos básicos del programa de la nueva organización subsisten inalterables como meta estratégica del movimiento aprista, y son los siguientes:

1. Acción contra todos los imperialismos.
2. —Por la unidad política de América Latina.
3. —Por la nacionalización progresiva de tierras e industrias
4. —Por la interamericanización del Canal de Panamá.
5. —Por la solidaridad con todos los pueblos y clases oprimidos del mundo.

Han transcurrido más de 35 años desde que se fundó el APRA en México, y la meta estratégica que se fijó la organización para su lucha continental ha tenido tanta validez histórica que, en una u otra forma, los países indoamericanos en general, orientados por sus partidos más progresistas, no han cesado de luchar por tales objetivos. Es verdad que solamente en el Perú ha surgido un Partido Aprista como fuerza decisiva y mayoritaria dentro de un perímetro nacional, pero es innegable que aunque en los demás países latinoamericanos no han surgido partidos apristas, de hecho, el pensamiento aprista, en forma expresa o tácita, nunca ha permanecido ajeno a las múltiples manifestaciones de sus luchas políticas. Con el más estricto criterio objetivo, no puede dejar de reconocerse que el APRA supo plantear cinco puntos básicos para la lucha histórica que los países latinoamericanos inevitablemente deberían llevar a cabo en su porvenir inmediato. Esta comprobación obliga a inferir que los cinco puntos enunciados por el APRA no fueron seleccionados al azar, sino el resultado de un conocimiento serio y genuino de la realidad latinoamericana, conocimiento tan efectivo que supo señalar con acierto el camino que los países nuestros deberían seguir en el proceso de su desarrollo. La historia de la lucha política en los países latinoamericanos, durante los últimos siete lustros, tanto en el aspecto nacional como en el

terreno internacional, han sancionado de manera directa o indirecta la justeza del Aprismo como teoría apropiada para conquistar el mejor porvenir de nuestros países.

Acción Directa de Haya de la Torre

Puesto que fue Haya de la Torre el fundador del APRA, es obligatorio decir algo sobre él y seguirle por lo menos en su recorrido latinoamericano que le condujo a la fundación del APRA en México, y a la elaboración de los cinco puntos del programa de la organización, para satisfacer las necesidades históricas de los países latinoamericanos. En 1917 el nombre del universitario Haya de la Torre comienza a circular en Lima, al integrarse a la Federación de Estudiantes del Perú, como representante estudiantil de la Universidad de Trujillo (Perú), donde había iniciado sus estudios de jurisprudencia. A fines de 1918, la agitación por la jornada de ocho horas que había comenzado desde 1905 ganó fuerza, tomando los caracteres de una ofensiva obrera reivindicatoria. En el mitin del 1º de enero de 1919, en Lima, los manifestantes obreros fueron atropellados por las fuerzas policíacas. Los obreros solicitaron entonces el apoyo de la Federación de Estudiantes y Haya de la Torre, con dos compañeros más, fueron nombrados representantes de la Federación ante el Comité de Huelga de los obreros. El Comité de Huelga encomendó a los representantes estudiantiles la misión de intervenir ante el gobierno para presionar en favor de la jornada de ocho horas y otras reivindicaciones más. Fue fructífera la labor de los estudiantes, pues debido a su gestión, el Presidente José Pardo decretó la jornada de ocho horas. A los 23 años, Haya de la Torre no solamente se había vinculado a los obreros, sino que comenzó a luchar con ellos y por ellos, pues el 16 de enero de 1919, según consta en el acta de fundación de la Federación de Trabajadores Textiles del Perú, lo encontramos presidiendo la reunión sindical. La unión de los líderes estudiantiles con el movimiento obrero del Perú no tuvo un carácter accidental; todo lo contrario, se fortaleció y creció a través de progresivos años de lucha. En octubre de 1919, Haya de la Torre fue elegido Presidente de la Federación de Estudiantes del Perú. En marzo de 1920, siendo Haya de la Torre Presidente de la Federación, en un Congreso Estudiantil celebrado en el Cuzco, los universitarios peruanos decidieron constituir universidades populares, para la educación de los adultos, en su gran mayoría obreros. En estas universidades que recibieron el nombre de Universidades Populares González Prada, los universitarios dábamos clases en las noches. En 1922, Haya de la Torre, en representación de los estudiantes peruanos, visitó los países del Sur —Argentina, Uruguay, Chile y Bolivia—, en los cuales dictó conferencias, asistió a asambleas y sostuvo discusiones. De vuelta al Perú, fue Haya de la Torre quien animó la memorable jornada del 23 de mayo de 1923, cuando los universitarios, apoyados por los obreros, protestaron públicamente contra la pretendida Consagración del Perú al Corazón de Jesús. En la manifestación de protesta perdieron la vida un obrero y un estudiante, sellando ambos con su sangre el pacto de unión revolucionaria entre obreros e intelectuales. El gobierno del Perú, que ya se encontraba en manos de Leguía, deportó a Haya de la Torre del país en octubre de 1923. Pero antes, el gobierno había intentado sobornar a Haya de la Torre. Entonces el preso contestó declarándose en huelga de hambre, la que mantuvo por siete días, al cabo de los cuales, en malas condiciones físicas, fue puesto en un barco. Llegó Haya de la Torre a Panamá y sus energías revolucionarias le permitieron dictar ahí once conferencias durante su breve estada. Después pasó a La Habana, en donde presidió el acto inaugural de la Universidad Popular José Martí. El 16 de noviembre llegó a México y el 7 de mayo de 1924 fundó la Alianza Popular Revolucionaria Americana. Cuando Haya de la Torre fundó el APRA, no solamente tenía el conocimiento teórico de un estudioso y la experiencia dinámica de un incansable revolucionario adquirida en el Perú, sino que también contaba con un largo e instructivo recorrido latinoamericano.

Ahora debo señalar, aunque brevemente, la influencia ideológica que recibió Haya de la Torre en el Perú y el desarrollo progresivo de su capacidad teórica a través de ininterrumpidos años de lucha perseverante, de estudios constantes y de polémicas diarias. Dos ideólogos peruanos influyeron sobre los estudiantes universitarios que buscaban la manera de encauzar su pensamiento y su acción revolucionarios, al terminar la guerra de 1914-1918. Los dos ideólogos fueron Francisco de Paula González Vigil y Manuel González Prada. González Vigil fue el mejor representante del pensamiento liberal en el Perú en el siglo XIX y su nombre bien merece fraternizar con la luminosa pléyade de los liberales mexicanos que, encabezados por Juárez, realizaron la reforma en México. González Prada nació en 1844 y murió en 1918; en él creció en audacia y hondura el pensamien-

to de González Vigil; Haya de la Torre tuvo oportunidad de conocerle y reconoció en él a un maestro. Es necesario subrayar que González Prada, hombre de muy honda cultura, conocedor de varios idiomas y con larga permanencia en Europa, fue un defensor del anarquismo con pleno conocimiento del marxismo.

La Revolución Soviética de 1917 ejerció indiscutiblemente un fuerte impacto sobre la juventud de la posguerra en Latinoamérica, de igual manera que ejerció una influencia directa en ella la Revolución Mexicana. Con respecto al marxismo, Haya de la Torre aceptó de esta teoría el método de conocimiento del materialismo dialéctico, pero nunca, pese a su viaje a Rusia, se adhirió al movimiento comunista, porque éste imponía sus consignas desde Moscú, no teniendo en cuenta las características específicas de los países, las cuales, según Haya de la Torre, determinaban, no solamente diferentes formas de lucha revolucionaria, sino inclusive diversas estructuras partidarias. Haya de la Torre tuvo, pues, desde el principio, discrepancia teórica y práctica con el comunismo. Más tarde, el movimiento comunista terminaría dogmatizando el marxismo, es decir, desvirtuándolo hasta negarlo teórica y prácticamente. Haya de la Torre nunca reconoció el marxismo como una teoría dogmática, y en el transcurso de los años elaboró sucesivas concepciones en las que trata de rectificarlo dialécticamente. Cuando dijo que el imperialismo se presenta en los países capitalistas como la última etapa de su desarrollo, pero que llega a los países no desarrollados como la primera etapa del capitalismo, no hizo otra cosa que reconocer una verdad evidente. Naturalmente que tal reconocimiento objetivo tenía que determinar modalidades específicas para la lucha revolucionaria en los países no desarrollados, como son los de Indoamérica.

Teoría Aprista del Espacio — Tiempo — Histórico.

Considero que no es ésta la oportunidad para analizar a fondo el contenido y la proyección de las teorías apristas, pero sí deseo dejar en claro que ellas se basan en la interpretación materialista dialéctica de nuestra realidad indoamericana, teniendo en cuenta, además, los últimos adelantos del pensamiento científico contemporáneo. En la física newtoniana se consideraba que el espacio era absoluto y que el tiempo era eterno, y así Newton, al partir de dos principios apriorísticos, decretaba después leyes generales para explicar dogmáticamente la realidad. En la física einsteniana se obtienen leyes generales, pero recorriendo un camino antagónico al seguido por Newton. Einstein no partió de los principios sino de la realidad que siempre es transitoria-constante, porque en ella rige una relatividad generalizada. El viaje del conocimiento científico no tiene límite porque su camino materialista dialéctico se agranda en la medida en que se avanza y esto es lo que ocurre en la física posteinsteiniana. El viaje en la historia, en el que se realizan las posibilidades de los pueblos, tampoco debe tener límite, pues cada conquista que el ser humano alcanza, al mismo tiempo es meta de llegada y punto de partida para emprender un avance posterior. La concepción del espacio- tiempo-histórico de Haya de la Torre, no hace otra cosa que tratar de introducir en la historia el relativismo aceptado en la física del siglo XX, el cual fue desconocido por Marx. Ahora bien, comprobando la relatividad generalizada de los múltiples y simultáneos procesos históricos, podría llegarse también a la formulación de leyes generales, pero basadas en el conocimiento de una realidad humana siempre en movimiento. No olvidemos que solamente por el camino de la relatividad generalizada, la física ha llegado a dar leyes generales de amplitud sin precedentes. Deseo subrayar que el Aprismo, desde el punto de vista teórico, siempre ha tenido en cuenta la realidad específica de nuestros países indoamericanos, y por esta razón cabe afirmar que ha procedido con criterio científico, pues no defiende principios apriorísticos como hacen muchos de los que lo atacan. Naturalmente las teorías apristas son discutibles, y nosotros estamos muy lejos de defenderlas dogmatizándolas. "En la ciencia no hay teoría eterna", dijo Einstein en su lucha implacable contra los dogmas de ayer, de hoy y de siempre.

No fue por azar que el APRA se fundó en México

Como el movimiento aprista cuenta con más de 35 años de vida, hoy podemos apreciar ciertos hechos de su acción permanente, juzgándolos con perspectiva histórica, eslabonados dentro del proceso político de nuestros países.

Considero que no fue por azar que el movimiento aprista surgió como Alianza Popular Revolucionaria Americana en México, precisamente en México. Ya hemos visto que Haya de la Torre tenía un amplio conocimiento de la lucha revolucionaria en los paí-

ses latinoamericanos cuando llegó a México, naturalmente atraído por la Revolución Mexicana. Y fue, no cabe duda, el conocimiento cercano de la Revolución Mexicana, lo que le hizo concebir la idea de fundar el APRA. Por su parte, el propio Haya de la Torre, al precisar el carácter "social" y no "socialista" de la revolución que debería verificarse en los países indoamericanos, subrayó la experiencia decisiva que le había proporcionado el proceso de la Revolución Mexicana, al escribir:

> "Ninguna experiencia histórica en verdad más cercana y más aprovechable para los indoamericanos que la que nos ofrece México. En mi concepto, la Revolución Mexicana es nuestra revolución; es nuestro más fecundo campo de ensayo renovador. Sus aciertos y sus errores, sus fracasos y sus buenos éxitos, sus contradicciones y sus impulsos constructivos, han de derivar para nuestros pueblos las más favorables lecciones... Y no hay que olvidar que en su lucha revolucionaria por su independencia económica fue hasta donde podía ir solo. Ningún país aislado de Indoamérica podría haber ido más lejos. Esa es la primera lección que nos ofrece la Revolución Mexicana. Sus limitaciones y sus derrotas son características de un pueblo que lucha aisladamente por libertarse del imperialismo y de sus aliados interiores."

La firmeza de Haya de la Torre, para no someterse a la Internacional Comunista, indiscutiblemente que tuvo su respaldo teórico y práctico en la Revolución Mexicana. En el año 1924, Haya de la Torre, procedente de México, fue de visita a la Unión Soviética. Discutió con los líderes de la Internacional Comunista, pero no se adhirió a la organización. Entre los jóvenes revolucionarios latinoamericanos de la época, el caso de Haya de la Torre constituyó una excepción llamada a tener singular proyección histórica en nuestro continente. Si tenemos en cuenta que el APRA fijó como punto número uno de su programa la lucha contra todos los imperialismos, es fácil comprender la resistencia que Haya de la Torre tuvo que ofrecer a la Internacional Comunista que se proclamaba entonces la abanderada de la lucha antiimperialista en el mundo. La gran mayoría de jóvenes revolucionarios latinoamericanos no resistió tal presión: Julio Antonio Mella v. g., entre muchos otros que podría nombrar.

Ha transcurrido el tiempo y mucho hemos aprendido a través de él. Ahora la siguiente pregunta se impone: ¿el desarrollo de la lucha revolucionaria en nuestros países ha justificado con hechos la posición que tomó Haya de la Torre, o la que tomó, por ejemplo, Julio Antonio Mella? Baste señalar que todos los partidos comunistas de los países latinoamericanos han llevado una línea política ondulante, contradictoria y varia, obedientes a las consignas cambiantes emanadas de Moscú. En cambio, el Aprismo, desde 1924 hasta la fecha, nunca ha dejado de combatir cualquier clase de imperialismo económico en los países indoamericanos.

Sobre la estructura orgánica de los partidos apristas.

Como es bien sabido, Lenín mantuvo una posición siempre intransigente al defender la formación de partidos proletarios, exclusivamente proletarios. Lenín se ceñía al pie de la letra a los dictados de la teoría marxista que señalaba al proletariado internacional como la clase social que históricamente debería implantar el socialismo mundial. Basándose en Marx, Lenín en particular y los bolcheviques en general, entendían que la lucha revolucionaria del proletariado no podía tener otra misión que la de implantar el socialismo mundial. Siempre hay que subrayar que Marx y Engels elaboraron la teoría revolucionaria práctica en los países capitalistas más altamente desarrollados. Precisamente el hecho de que la teoría marxista fuese puesta en práctica en un país insuficientemente desarrollado dentro del capitalismo, explica en gran parte la zigzagueante línea política seguida por la Internacional Comunista. Nadie ignora que desde que Stalin capturó el poder en la Unión Soviética, precisamente en 1924, la Internacional Comunista dejó de luchar por la implantación del socialismo mundial, para dedicarse a defender a la Unión Soviética, a la que calificó como el país del socialismo, de acuerdo con la teoría stalinista y no marxista, del socialismo en un solo país.

Ahora bien, la Internacional Comunista, a través de sus partidos comunistas, en su empeño por defender a la Unión Soviética, propició la unión de los partidos comunistas proletarios con otros de diferentes clases sociales. Esta política la llevó a cabo la Internacional Comunista mediante los llamados Frentes Populares, según dijo, para combatir el fascismo internacional. Sin embargo, aún vigente la política frentepopulista, la URSS celebró un pacto militar con la Alemania nazi, pacto que permitió a Hitler poder desencadenar la última guerra mundial.

Los partidos comunistas, considerándose a sí mismos partidos proletarios y de clase, han estado muy lejos de seguir en los últimos siete lustros una política proletaria y clasista, buscando la implantación del socialismo mundial, meta señalada por la teoría marxista.

El Aprismo, desde que hizo su aparición, abogó por la constitución de partidos de frente único de clases. ¿Por qué razones el Aprismo elaboró esta concepción partidaria que sigue manteniendo? Es fácil reconocer que lo hizo por razones teóricas y prácticas, emanadas del conocimiento de nuestros países indoamericanos, desunidos por fronteras ensangrentadas y unidos históricamente en su pasado, presente y futuro, por características específicas, diferenciales y propias.

En nuestros países no existe una burguesía potente y en consecuencia tampoco un proletariado industrial con fuerza decisiva. La burguesía de nuestros países indoamericanos bien merece el nombre de burguesía subdesarrollada, por su dependencia a una burguesía internacional imperialista. Y una burguesía subdesarrollada de este tipo no puede propiciar la formación de un proletariado capacitado para luchar por el socialismo. En el escenario de la lucha revolucionaria del proletariado, Marx no dio mayor importancia al feudalismo porque se sobrentendía que los países capitalistas de alto desarrollo industrial ya habían liquidado la época de la economía feudal. Pero, en los países indoamericanos, ¿acaso no persisten hasta la fecha amplias y arraigadas supervivencias feudales en plena actividad desesperada y agresiva? ¿Y acaso los señores feudales de los países indoamericanos no han sido y siguen siendo los sumisos aliados del imperialismo extranjero?

Como lo prueba la experiencia, hablando con hechos, en nuestros países indoamericanos no solamente lucha el proletariado revolucionariamente, sino también un conjunto de clases sociales, entre las que intervienen obreros, campesinos, artesanos, pequeños industriales, elementos burgueses liberales, intelectuales y universitarios, todos víctimas de la opresión feudal e imperialista. Y en los últimos años ya no sólo el pequeño industrial, sino lo que podría llamarse el capitalismo nacional que surge en la periferia del capitalismo imperialista, y que pide protección para sus nacientes empresas industriales. El resultado es que los intereses industriales locales comienzan a enfrentarse a la alianza del capital imperialista y el feudal. Los movimientos revolucionarios que han surgido en Indoamérica, a partir de la Revolución Mexicana, han agrupado a muy diversos sectores de la población, desde un punto de vista estrictamente clasista. Por otra parte, hay que dejar constancia de que hasta la fecha en ninguna parte se ha realizado una revolución típicamente proletaria y consecuentemente socialista, desde el punto de vista fielmente marxista. Recordemos que el mismo Lenín dijo en 1920 que no se podía propiamente hablar de un estado obrero en Rusia, pues el proletariado no controlaba el poder.

Al sostener el Aprismo la ventaja y conveniencia de partidos revolucionarios de frente único de clases, no hace otra cosa que definir con palabras exactas y carentes de demagogia, la estructura interna que deben tener los partidos revolucionarios de Indoamérica. En esta ocasión, como siempre, el Aprismo no trata de imponer en la realidad, por la fuerza, principios aprioristicos, sino que trata de crear organismos partidarios apropiados para luchar revolucionariamente en nuestros países. Los partidos de frente único de clases son en nuestros países los instrumentos más capacitados para luchar en favor de una integración nacional que hay que conquistar.

La lucha del aprismo contra el imperialismo y el feudalismo

Desde su iniciación el Aprismo surgió como un movimiento revolucionario continental, decidido a luchar teórica y prácticamente contra dos enemigos poderosos y perfectamente identificados: el imperialismo y el feudalismo. El feudalismo en cada campo nacional y el imperialismo en el terreno continental. El imperialismo extranjero y el feudalismo nativo forman políticamente una amalgama retrógrada. Teniendo en consideración esta objetiva realidad continental, en el libro básico del Aprismo, "*El antimperialismo y el APRA*", escrito por Haya de la Torre en 1928, leemos los siguiente:

> "No es posible separar la lucha contra el imperialismo exterior de la lucha contra el feudalismo nacional en Indoamérica. Porque no se podrá combatir el imperialismo sin estructurar una nueva organización de la economía nacional, a base del Estado. Y no se podrá controlar el Estado, sin revolucionar la economía nacional, sin la transformación efectiva del sistema feudal de producción, cuya clase

dominante controla el Estado, directa o indirectamente, con apoyo del imperialismo".

El contenido de la lucha antiimperialista del APRA, es, pues, antifeudal. Empero, la desfeudalización de nuestros países se inicia entre nosotros por acción del fenómeno económico imperialista. En otras palabras, si la etapa subsiguiente a la feudal es la industrial, y si ésta sólo puede cumplirse en nuestros países dentro del sistema capitalista-imperialista, es inobjetable que el imperialismo es, como dice Haya de la Torre, un fenómeno ambivalente: peligro, pero también progreso; estímulo al desarrollo, pero también dislocación. Con el imperialismo corremos el riesgo de la sujeción, pero sin él sería inevitable el estancamiento o el retroceso. Hay que defenderse de la inundación —dijo Haya de la Torre en alguna ocasión— pero no hay que hacer desaparecer el agua.

El antiimperialismo para el APRA no es, pues, un simplismo demagógico que pretenda una falaz liberación económica de nuestros países, retrotrayéndolos a la primitividad, sino que aboga por su industrialización civilizadora, como lo ha sostenido siempre la teoría aprista. Es por consciente responsabilidad histórica que el Aprismo propugna para nuestros países una revolución "social" y no "socialista". El Aprismo no cultiva la demagogia ni juega con consignas ajenas a nuestra realidad.

Señalaré aquí lo que dice Haya de la Torre sobre el proceso histórico del Perú, el mismo que con lógicas variantes accidentales han seguido nuestros países indoamericanos:

> "La revolución emancipadora trajo como resultado la instauración de un régimen político nominalmente democrático, correspondiente a una etapa económico-social posterior, burguesa o capitalista, en contradicción con la organización feudal de la producción imperante en el Perú. La independencia no destruyó el latifundio, lo afirmó. La esclavitud del indio continuó. De otro lado, el aislamiento, caro al terrateniente —única clase triunfante de la revolución de la independencia—, determina la división y subdivisión de los antiguos virreinatos españoles en muchas repúblicas. Y todo sucede porque las bases económicas sobre las que descansa la sociedad son feudales".

Las fronteras políticas actuales de nuestros países corresponden a una etapa feudal y no se justifican en nuestro tiempo. Tales fronteras ayudan solamente a preservar el feudalismo. De este modo se vincula el imperativo histórico de la desfeudalización con la unión o federación de estados indoamericanos para luchar contra el imperialismo extranjero, que respalda a los feudalismos nacionales.

Sostiene, pues, el Aprismo que no se puede luchar contra el imperialismo sin luchar al mismo tiempo contra el feudalismo. Los países laitnoamericanos, para alcanzar la victoria completa en esta lucha, deben unirse en cumplimiento de su progresivo destino histórico.

Diferencia entre Indoamérica y Europa

El Aprismo afirma que tanto el comunismo como el fascismo son dos tendencias totalitarias surgidas en Europa y que los países de nuestro continente tienen su origen, como estados, en su lucha por la independencia, la que no se puede desligar del principio de la democracia. Y si los estados americanos surgieron a la historia basándose en la democracia, bien pueden seguir avanzando al porvenir sin renegar del principio motriz que les dio origen. Los estados europeos no tienen su origen nacional en la democracia, como sí lo tienen los nuestros.

Todos sabemos, por amarga experiencia, que las dictaduras nativas han impedido hasta hoy que nuestros países alcancen su integración nacional, la misma que con esfuerzos heroicos han logrado ya, en mayor o menor grado, los pocos países indoamericanos en los cuales se ha practicado con mayor perseverancia la democracia. Ningún beneficio debemos a las dictaduras y lo poco bueno que tenemos debemos agradecerlo a la democracia. El Aprismo, como movimiento revolucionario, nunca ha luchado por la implantación de una dictadura, sino que siempre ha exigido la práctica de la más auténtica democracia. Para el crecimiento y desarrollo progresivo de nuestros países indoamericanos no necesitamos ninguna clase de dictadura, pero sí necesitamos la democracia de mejor clase. Una democracia que acelere en forma revolucionaria la evolución de nuestros países. Una evolución acelerada, el mismo Marx lo dijo, es revolucionaria.

Europa es un continente sobrepoblado e industrialmente desarrollado, que siempre necesitó colonias o dominios más allá de sus fronteras, Asia, Africa, América, Oceanía. América Latina es un continente proporcionalmente infrapoblado, que no requiere ni extensiones productoras de materias primas busca dominios coloniales, pues sus vastas

están dentro de su ámbito continental de 20 millones de kilómetros cuadrados, con unos 200 millones de habitantes. Las perspectivas de Indoamérica son, pues, muy distintas a las de Europa. Nosotros necesitamos integrar el crecimiento de nuestros países dentro de sus límites nacionales y alcanzar también la integración de los mismos países en una unidad continental. ¿Y cómo alcanzar esta doble integración, nacional e internacional, sino practicando la más intensa, extensa y genuina democracia?

En Europa las etapas de la evolución económica se suceden unas a otras con los regímenes que ellas representan. Al esclavismo del imperio romano, sucedió el sistema feudal y su servidumbre. A éste, la aparición de la burguesía, la revolución industrial, el industrialismo y el capitalismo. Pero cada período social fue negación del anterior, sustituyéndolo enteramente, cumpliendo un proceso dialéctico de tesis, antítesis y síntesis. Cuando adviene el industrialismo europeo, éste comienza a fabricar la máquina, aplicándola a la producción y sustituyendo así el sistema feudal por el capitalista. Con el maquinismo aparecieron los grandes capitales que luego se convirtieron en capitales de exportación que llegaron a los países subdesarrollados, como expresión del imperialismo.

En Latinoamérica, los períodos y sistemas socio-económicos no se suceden negando los posteriores a los anteriores, sino agregándose el último a todos. Cuando la conquista hispano-portuguesa llega a Indoamérica, impone el sistema colonial feudal con los tres virreinatos originarios de México, de Perú y del dominio portugués del Brasil. Pero el nuevo sistema no logra liquidar las vastas regiones de comunidades privadas, ni los sistemas socio-económicos establecidos por los indios nativos del Perú y de México. Igualmente, la vida tribal de la inmensa zona amazónica sobrevive hasta nuestros días. Así, al sistema agrario de tipo precolombino se yuxtapone el latifundio colonial y, más tarde, a ambos se agrega el sistema de industrialismo de materias primas y medio elaboradas. Por todo esto el Aprismo reconoce que en Indoamérica existe una yuxtaposición de sistemas económicos sociales de producción, que abarcan desde la vida tribal rudimentaria hasta el industrialismo contemporáneo, subsistiendo las organizaciones comunales indígenas y el sistema colonial del latifundio.

Tomando el Continente en conjunto, y aun muchos de sus países aisladamente, se puede decir que todas las etapas de la evolución económica de la humanidad están presentes en nuestra América. De igual manera que llegó a nuestras tierras el sistema feudal como producto ajeno y de exportación, introduciendo el latifundio durante la Conquista y el Virreinato, llega ya en la época republicana, el capitalismo industrialista. Nosotros no comenzamos por forjar el hierro y el acero, como los países europeos. A nuestros países indoamericanos llegó la máquina y sigue llegando todavía. Los grandes capitales industriales tampoco se forman en nuestro territorio, sino que vienen del extranjero. Nuestro industrialismo no comienza como el europeo, produciendo maquinarias pesadas, sino que, en su forma más grande, es de materias primas, de industria extractiva, ligera y semielaborada. Ahora bien, como los capitales extranjeros resultan indispensables para el desarrollo de nuestros países, el Aprismo sostiene que deben ingresar, pero controlados por el Estado. Es evidente que los países indoamericanos, solidariamente unidos, pueden imponer a los capitales extranjeros condiciones que no lesionen los intereses nacionales ni la libertad y soberanía de los países. Inclusive los países indoamericanos unidos, por ejemplo, en un Mercado Común, pueden intercambiar productos, formar una unidad vendedora de materias primas y ayudarse mutuamente en su propia industrialización. La posición del Aprismo nunca ha sido demagógica ni utópica y ha resultado tan realista que hoy día la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio, como antecedente del Mercado Común para todos los países indoamericanos, patrocinado desde hace muchos años por el Aprismo, ha comenzado a convertirse en una realidad, con la firma del Tratado de Montevideo.

El Partido Aprista del Perú

Estimo que el mayor número de objeciones que se hacen al movimiento aprista se concentran en el Partido Aprista del Perú. En primer lugar, quiero decir que estas objeciones serían de carácter táctico y no estratégico, observación que es muy importante tener en cuenta.

Entiendo que la principal crítica que se formula a nuestro Partido Aprista del Perú, es más o menos la siguiente: ¿Por qué siendo el Partido Aprista Peruano, sin discusión alguna, la fuerza mayoritaria decisiva en el Perú, no ha tomado el poder a través de 30 años de lucha? Comenzaré por decir que si bien el Partido Aprista Peruano, como es natural, aspira llegar al poder, no fue creado con la misión exclusiva de capturarlo. A nadie escapa que la captura del poder en los

países latinoamericanos puede ser para un partido político el camino más corto y más fácil de seguir. Pero Haya de la Torre dijo: "Hay que llegar primero a la conciencia del pueblo que al palacio de Pizarro". Agregando: "A la casa de Pizarro —el Palacio Presidencial— llega cualquiera que sabe jugar las cartas de la baraja política peruana: con oro y bastos o con copas y espadas".

El Partido Aprista Peruano no ha propiciado cuartelazos militares, ni insurrecciones armadas de amplitud nacional. Lo primero, porque nunca ha aspirado a capturar el poder mediante un cuartelazo más, renegando de sus principios y de su acción democrática. Lo segundo, porque una insurrección armada popular habría provocado en el Perú una descomunal matanza de proporciones incalculables. Y en tales condiciones, ¿habría podido implantarse un gobierno apto para practicar la democracia? Es verdad que el descontento popular frente a las tiranías —y el pueblo peruano es aprista— en determinadas ocasiones ha estallado en algunos levantamientos heroicos. Pero, ¿estos levantamientos insurreccionales locales, con sus terribles saldos de víctimas, no indican las proyecciones que habría tenido una guerra civil generalizada?

Si tenemos en cuenta que el Perú fue el último país que logró la independencia de España, porque representó el más poderoso baluarte de las fuerzas reaccionarias de la América Hispánica y feudal, bien puede calcularse la ferocidad con la cual las fuerzas tradicionalmente reaccionarias del Perú han combatido el Aprismo. En múltiples ocasiones el Partido Aprista Peruano ha sido declarado ilegal y sus militantes encarcelados, perseguidos y exilados por millares. Al Partido Aprista Peruano se le negó la legalidad acusándolo de internacionalista, precisamente por *defender la unidad de los países indoamericanos*. Sin embargo, a pesar de todos los asesinatos, persecuciones y represiones, el Partido Aprista Peruano, a través de más de un tercio de siglo de lucha, efectivamente ha comprobado con hechos, lamentablemente dolorosos, que ha sabido llegar primero a la conciencia del pueblo peruano que a la casa de Pizarro.

Desde que Haya de la Torre fue deportado en 1923, la dictadura de Leguía impidió toda clase de divulgación pública del pensamiento aprista en el Perú. Hasta el año de 1930, en que cayó la dictadura del oncenio, prácticamente el movimiento aprista era desconocido en el Perú. Fue en septiembre de ese año, y después que regresaron los dirigentes apristas exilados, que se constituyó el Partido Aprista Peruano. Haya de la Torre llegó al Perú en julio de 1931 y desde su ingreso por el Norte del país, fue escuchado y aclamado por el pueblo como no lo había sido antes ningún político peruano. Se presentó a las elecciones de octubre como candidato presidencial del Partido Aprista Peruano. La abrumadora votación que obtuvo el Aprismo sorprendió a la reacción que se vio obligada a cometer el más descarado fraude electoral.

El sanguinario general Sánchez Cerro, encaramado en el poder, inmediatamente llevó a cabo la más brutal represión contra el Partido Aprista Peruano. Desde entonces se han sucedido en el Perú muy conocidas dictaduras, interrumpidas episódicamente por breves períodos de práctica semidemocrática. Pero siempre que se ha permitido al Aprismo concurrir a las urnas ha comprobado no solamente su supervivencia, sino su profundo arraigo en el pueblo peruano y su incontenible crecimiento. Por ejemplo, en las elecciones de 1936, en las cuales no se permitió que el Partido Aprista lanzara candidato propio a la presidencia, el candidato apoyado por el Aprismo obtuvo más del 60 por ciento de la votación y los candidatos apristas al parlamento el 85 por ciento. Cuando el general Benavides, dictador en turno, se dio cuenta que los apristas ya habían ganado 106 curules sobre un total de 125 pro, cedió a anular las elecciones. Posteriormente, en 1945, cuando el Partido Aprista tampoco pudo lanzar candidato propio a la presidencia, dio con sus votos el triunfo a Bustamante y Rivero. Pero este gobierno tampoco duró mucho en el poder, pues fue derrocado por un cuartelazo que implantó la dictadura del general Odría, quien se ufanaba de haber terminado con el Aprismo. Pero en las elecciones de 1956, triunfó el candidato apoyado a última hora por los apristas y Manuel Prado en el poder cumplió inmediatamente su promesa de devolver la legalidad al Partido Aprista Peruano.

En la actualidad, a pesar de que faltan dos años para la próxima campaña electoral, ya ha comenzado en el Perú a hablarse de ella, y una revista peruana, antiaprista, reconoce francamente que en el caso de presentarse Haya de la Torre como candidato presidencial, todas las fuerzas antiapristas, desde los comunistas hasta los señores feudales, se verían obligados a unificarse para enfrentarse a la popularidad de Haya de la Torre. Y entre paréntesis debo decir que tal posible unificación no sería una novedad sino una reincidencia.

La breve reseña que he hecho con toda objetividad y sin rencor alguno, demuestra que el Partido Aprista Peruano, desde su fundación en 1930 hasta la fecha, representa en el Perú una fuerza invencible en el terreno democrático. Ante este hecho, comprobado reiteradamente, cabe preguntarse, ¿el Aprismo ha cumplido o no su misión histórica en el Perú, de llegar primero a la conciencia del pueblo que a la casa de Pizarro?

Nuestro Partido no ha reivindicado a la democracia en el Perú con palabras demagógicas, sino con hechos escritos en la historia por el pueblo peruano. Es verdad que la experiencia del Aprismo peruano no puede ser más dolorosa, pero también, y por lo mismo, se puede augurar que el triunfo democrático del Aprismo en el Perú constituirá la más honda y querida alegría que vivirá el pueblo peruano en la trágica historia de su perseverante lucha revolucionaria.

El Indoamericanismo y el Interamericanismo Aprista

El 7 de mayo de 1924, al fundar Haya de la Torre en México la Alianza Popular Revolucionaria Americana, hizo entrega de una bandera simbólica a la Federación de Estudiantes de México, pronunciando un discurso del cual tomo los siguientes párrafos.

"El afán de unidad de los pueblos de nuestra raza fue en Bolívar ensueño precursor; más tarde, tema de discursos diplomáticos; y ahora fe, credo, señuelo de lucha de nuestra generación. Con orgullo podemos afirmar que nada ha sido más eficaz al propósito generoso de fundir en uno solo a los veintiún pueblos indoamericanos --dispersos por el nacionalismo estrecho de las viejas políticas-- que la obra de las juventudes. Hemos creado sobre la fría y restringida relación de las cancillerías imitadoras de Europa, una solidaridad más amplia, en la alegría, en el dolor, en la inquietud".

"El lírico intento de ayer, es hoy conciencia honda, proyectada en decisión, en ímpetu puro de idealidad y de empeño. No solamente queremos a Nuestra América unida, sino también a Nuestra América justa. Sabemos bien que nuestro destino como raza y como grupo social no puede fraccionarse: formamos un gran pueblo, significamos un gran problema, constituimos una vasta esperanza".

Desde que Haya de la Torre pronunció estas palabras, el espacio-tiempo-histórico de Indoamérica las ha nutrido, por 36 años, con savia permanente, siempre fresca y renovada. Siete países de Indoamérica —Argentina, Brasil, Chile, México, Paraguay, Perú y Uruguay— acaban de firmar un tratado en Montevideo para establecer entre ellos una Asociación Latinoamericana de Libre Comercio, como paso previo para llegar a la creación de un Mercado Común regional. Este hecho revela la firme decisión de México de impulsar y participar activamente en la integración económica de Latinoamérica y es resultado trascendental del viaje del Primer Mandatario de México a los países de América del Sur.

No sería exagerado decir ahora —después de la firma del tratado de Montevideo— que la estructura económica latinoamericana empieza a salir de su fase medieval para entrar en una edad moderna de aceleración industrial, y de sensible elevación del nivel de vida de la población, todo ello gracias a una coordinación institucional, concretada ahora en la Asociación de Libre Comercio y, más adelante, en un Mercado Común regional. México —así lo ha expuesto reiteradamente su Primer Mandatario— está convencido de la necesidad de esta evolución y de la inaplazable urgencia de alcanzar las metas señaladas. Para nosotros, los apristas, constituye un legítimo motivo de orgullo el resultado del viaje del Presidente Adolfo López Mateos por los países indoamericanos, pues él, con su presencia, representando dignamente al pueblo mexicano, ha vitalizado la aspiración a la unidad continental, tan arraigada en el movimiento aprista. La misma bandera simbólica de la unidad indoamericana que Haya de la Torre entregó en 1924 a los universitarios de México, en 1960 ha sido enarbolada muy alto a través del Continente por el Presidente de México.

Se ha criticado mucho a Haya de la Torre por el empleo de la palabra Indoamérica, y él ha escrito siempre para defenderla. Pero antes de explicar el contenido que Haya de la Torre da a la palabra, queremos tener el placer de citar algo que dijera don Alfonso Reyes, rindiendo aquí homenaje a este mexicano universal. Dijo don Alfonso en uno de sus sabios artículos, que Latinoamérica "no ha creado su lenguaje político, sino que adopta el europeo" y que "ello ha tenido consecuencias en las soluciones europeizantes que hemos procurado para nuestros asuntos". A continuación añadió: "Así pasó ya en la Independencia. Así ha sucedido —todos lo saben— con muchos problemas y muchas veleidades que han atravesado la vida ame-

ricana". Las observaciones de don Alfonso merecen subrayarse, pues pocos como él supieron valorizar con tanta precisión el contenido trascendental de la palabra y su utilización.

Pues bien, la crítica medida y justa de don Alfonso Reyes respalda en esta ocasión a la perseverante insistencia de Haya de la Torre para divulgar el contenido exacto del nuevo vocablo: Indoamérica. En su libro: *"La Defensa Continental"*, dice Haya de la Torre:

"Después de una detenida verificación, mantengo mis conclusiones de hace once años: el término "Hispano o Iberoamérica", y sus derivados 'hispano o iberoamericano" o "Hispano o Iberoamericanismo", corresponden a la época colonial. Son vocablos de un significado pretérito y ya anacrónico. Se refieren a una América exclusivamente española —o portuguesa cuando del vocablo Ibérico se trata—, e implican el desconocimiento de las influencias posteriores a la Colonia, que han determinado nuevas modalidades en nuestro Continente.

El término "América Latina" y sus derivados "Latinoamérica" y "Latinoamericanismo" son más amplios, más modernos. Corresponden, cronológicamente, al siglo XIX. Abarcan todo lo español y portugués de nuestra historia, sin excluir el aporte africano, porque incorporan a Haití, que habla francés, a nuestra gran familia continental.

Pero el término "Indoamérica" es más amplio, va más lejos, entra más hondamente en la trayectoria total de nuestros pueblos. Comprende la prehistoria, lo indio, lo ibérico, lo latino y lo negro, lo mestizo y lo "cósmico" —digamos, recordando a Vasconcelos—, manteniendo su vigencia frente al porvenir. Es término "muy antiguo y muy moderno", que corresponde justamente a la presente etapa revolucionaria de Nuestra América, apenas iniciada en México, en que aparece la gran síntesis de la oposición de los contrarios que impulsa el devenir de nuestra historia".

Así como Haya de la Torre explica razonadamente por qué rechaza los vocablos Hispanoamérica, Iberoamérica y Latinoamérica, de igual manera analiza el contenido tradicional del vocablo Panamericanismo, utilizando en su lugar, y para definir una nueva clase de relación entre las dos Américas, el vocablo Interamericanismo. Al respecto dice lo siguiente:

"Interamericanismo" expresa relación de igualdad de condiciones, coordinación y equidad. Y el "Interamericanismo" es vocablo que delimita "relación entre" dos Américas, no confusión en un solo "pan" —todo—, de lo que nunca podrá confundirse. Así, para que la "buena vecindad" funcione con un nuevo dinamismo de cooperación y de justicia, debe renovar sus bases de relación y abandonar la caduca máquina panamericanista, afirmando en su lugar un sistema de relaciones moderno, equivalente y claro. Si abandonamos la tendencia envolvente o absorbente del viejo Panamericanismo —bajo cuyos auspicios florecieron las tendencias imperialistas y dictatoriales de tantos gobiernos— entraremos en una etapa interamericanista, sin imperio, que comenzará por definir los dos grandes campos económicos en que se dividen las dos Américas: aquél, en que predomina el industrialismo, y éste, en que la agricultura y la materia prima definen una fisonomía de región agrícola-minera como característica prevaleciente en nuestros pueblos".

No es por snobismo sino por necesidad que nosotros estamos obligados a crear palabras para indicar nuevos procesos históricos que fácilmente se originan en un Continente como el nuestro que felizmente vive en permanente y sorprendente creación dialéctica. Siempre se ha dicho, desde el descubrimiento de América, que el Nuevo Continente era la tierra del porvenir, y ahora a nosotros nos toca convertir en realidad el mejor porvenir de América para ofrecerlo generosamente al mundo entero. En nuestro Continente todavía los ríos no están encauzados, y cuando los encaucemos sabremos utilizarlos. De igual manera, también necesitamos nuevas palabras y nuevas teorías para encauzar el pensamiento creador y constructivo de Nuestra América tan querida y de la cual el porvenir tanto espera, porvenir que nosotros debemos conquistar. Para terminar, bien está que cite aquí una afirmación de uno de los guías más luminosos de Nuestra América, José Martí, quien dijo: "ya es bastante grande quien fue capaz de querer serlo".

En este balance del Aprismo he dejado constancia de muchos de los renglones que el Aprismo cuenta en su Haber, pero no pretendo negar que el Aprismo también tiene renglones en la página de enfrente, la de las

deudas. No sostengo que en el Aprismo todo es positivo. Reconozco dialécticamente que también hay en él, y acaso no pocos, aspectos negativos. ¡Ojalá sean muchos quienes señalen con un amplio criterio constructivo, objetivo y creador, todo lo que en el aprismo necesita ser mejor estudiado, precisado y ampliado! Nosotros, los apristas, seremos los primeros en agradecer y aplaudir esta labor que redundará, no cabe duda, en beneficio de todos y cada uno de los países de Indoamérica, y esto es precisamente lo que ha buscado siempre el Aprismo con sus concepciones teóricas y con su lucha perseverante a través de siete lustros de historia.



Carlos Capuñay Mimbela

La Renta Nacional

"Que no es que la vejez nos vuelva niños, como suele decirse, sino que nos encuentra niños aún".

GOETHE
(Obras Completas, Tercer Tomo. Pág. 1182)

"La construcción de pirámides, los terremotos y hasta las guerras pueden servir para aumentar la riqueza, si la educación de nuestros estadistas en los principios de la economía clásica impide que se haga algo mejor".

KEYNES
(Teoría General. Pág. 129)

LA actividad económica nacional en cuanto a su dinámica o sea el movimiento de sus fuerzas internas se aprecia a través de tres magnitudes: Producto Nacional Bruto, Producto Nacional Neto y Renta Nacional.

Producto Nacional Bruto

Es la magnitud que se deduce del valor bruto de la producción nacional, de ese conglomerado indiscriminado de la producción de bienes y de servicios, que comprende materas primas, productos semiterminados y productos acabados, que, mientras no se deduzcan de él ciertos elementos redundantes, no permite formarse una idea precisa acerca del grado de desarrollo o de crecimiento de la economía de un país. Por eso, para llegar a determinar esta magnitud económica es preciso detraer de aquel valor bruto el importe de las materias primas y de los productos intermedios y obtener así lo creado o mejor dicho lo elaborado por la actividad productiva en un período determinado y al cual se le llama Producto Nacional Bruto. Por razón de metodología también suele decirse que el Producto Nacional Bruto equivale al cómputo de los valores agregados o añadidos a la producción de bienes y de servicios en los distintos sectores de la actividad económica. Estos valores agregados o añadidos se obtienen como es fácil comprender deduciendo del valor de la producción de las unidades económicas el importe de las compras efectuadas a otras unidades, quedando un remanente que representa el valor añadido o agregado a la producción por determinada unidad económica. El cómputo de los valores agregados de las unidades económicas en los disitntos sectores de la economía constituye el Producto Nacional Bruto.

Producto Nacional Neto

A fin de aproximarse a lo estrictamente creado o elaborado por la actividad productiva debemos detraer del Producto Nacional Bruto un elemento negativo que está representado por el desgaste o la depreciación de los activos fijos utilizados para obtener el acervo de bienes en un período dado; efectuada esta deducción obtenemos la otra magnitud de la actividad económica nacional de-

nominada Producto Neto. Este viene a ser la fuente de donde se derivan las participaciones o retribuciones de los distintos factores de la producción. O también podríamos decir que equivale al valor neto agregado a la producción de bienes y de servicios.

Renta Nacional

Representa la medida más precisa de la economía nacional, y se le obtiene deduciendo del Producto Nacional Neto el valor correspondiente a los impuestos involucrados en el costo, es decir el valor de los impuestos indirectos; quedando un residuo que equivale a la producción creada por los distintos factores que han intervenido en el proceso productivo, vale decir por el trabajo, por el capital, por el empresario y por el Estado. En otros términos podemos decir que la Renta Nacional viene a ser el valor agregado neto al costo de los factores. Antes de proseguir debemos advertir que a esta última magnitud también suele denominársele Ingreso Nacional Neto o Dividendo Nacional.

En resumen desde el punto de vista de la producción llámase Producto Bruto al valor de la producción menos el valor de las materias primas y de los productos intermedios; o al cómputo de los valores añadidos por las unidades económicas a la producción de bienes y servicios. Llámase Producto Neto al Producto Bruto menos el desgaste o depreciación; o también al valor neto agregado a esta producción. Y llámase Renta Nacional a la producción neta creada por los factores productivos resultante de deducir al Producto Neto el valor de las contribuciones indirectas; o también, al valor neto agregado al costo de los factores.

Partiendo del punto de vista de que toda producción entraña un gasto así como un ingreso con valores idénticos al valor de la producción, a estas magnitudes (Producto Nacional Bruto, Producto Nacional Neto y Renta Nacional) también se les puede definir desde el punto de vista del destino o gasto o desde el punto de vista de la asignación o del ingreso.

Gasto Nacional Bruto

Equivale al Producto Nacional Bruto. El valor de la producción se destina a la adquisición de bienes de consumo y a la adquisición de equipos o de bienes capitales o de inversión. De donde se desprende que el Producto o Gasto Nacional Bruto puede definirse como el valor del consumo y el valor de la inversión; esto es por el valor de los bienes destinados a satisfacer las necesidades humanas y por el valor de los bienes destinados a la formación de capital o inversión. Advirtiendo que la inversión en el caso de esta magnitud se registra con su valor bruto, o sea con la inversión neta o formación de capital propiamente dicho (Capitalización) y con el valor de la reposición (Costo de uso: depreciación o desgaste; y costo suplementario: cambio involuntario o imprevisto en el valor del equipo debido a las variaciones imprevistas en los valores de mercado, a la obsolescencia o desgaste por el simple correr del tiempo y a la destrucción por catástrofe tal como incendios, guerras, terremotos).

Conviene advertir que la inversión y especialmente la inversión neta por representar la capitalización o formación de capital es el elemento motor en el crecimiento o desarrollo de la economía nacional, ya que cuanto mayor sea su volumen (tasa de inversión) mayor será la tasa de incremento del ingreso o renta per cápita, que constituye la medida de dicho desarrollo. De ahí que el objetivo de la política económica es procurar una elevada tasa de inversión para que la tasa de crecimiento económico supere a la tasa de crecimiento de la población; de modo que la comunidad, suponiendo una justa distribución del ingreso, disponga de los bienes suficientes para satisfacer sus necesidades.

Gasto Nacional Neto

Equivale al Producto Nacional Neto; y se obtiene deduciendo del Gasto Nacional Bruto el valor de la reposición (costo de uso y costo suplementario); y se le define como el valor del consumo más la inversión neta o capitalización.

Gasto Nacional Neto al costo de los factores

Equivale a la Renta, Ingreso o Dividendo Nacional y se obtiene detrayendo del Gasto Nacional Neto el valor de los impuestos indirectos y se le puede definir como el Gasto Nacional Neto menos los impuestos indirectos, o también como el gasto atribuído a los factores de la producción (unos gastarán en bienes de consumo y otros en bienes de capitalización).

Desde el punto de vista de la asignación llámase Ingreso o Renta Nacional al importe total de las retribuciones correspondientes a los diversos factores que intervienen en el proceso productivo o sea al total de los sueldos y salarios, de los ingresos de empresarios individuales y de sociedades de personas, de los intereses netos, de los dividendos, de las rentas prediales, de las utilidades no distribuídas, de las contribuciones al Seguro So-

cial y de los impuestos a la renta. Consideramos estos dos últimos renglones porque tanto las contribuciones al Seguro Social como los impuestos a la renta proceden o se pagan con las participaciones o ingresos percibidos, lo que no sucede con las contribuciones indirectas que se cargan al costo por ser el empresario el que causa, aunque por efecto de la difusión se trasladan a los individuos, pero ello no niega su naturaleza

Ahora bien si a este total de los ingresos percibidos incluyendo contribución al Seguro Social o impuestos a la renta se le suma el importe de los impuestos indirectos obtenemos otra medida de la economía que es el Producto Nacional Neto, y si a éste a su vez le añadimos el valor de la depreciación esto es las asignaciones por consumo de capital tenemos al Producto Nacional Bruto.

No profundizamos más el estudio de estas magnitudes económicas porque nuestra finalidad no es estudiarlas desde un punto de vista general —lo que nos llevaría a tratar los métodos para su cálculo, el rol que juegan en el desarrollo económico, etc.—, sino hacer una breve exposición que nos permita interpretar el análisis que viene en seguida de las estadísticas a la Renta Nacional del Perú.

LA RENTA NACIONAL DEL PERU (1)

Crecimiento del Producto Bruto

(en millones de soles)

ACTIVIDADES	*AÑOS*					
	1951			*1957*		
	Valor	*Indice*	*%*	*Valor*	*Indice*	*%*
Agricultura y Ganadería	6,915	100	37	7,802	112	23
Minería	2,237	100	12	4,151	186	12
Industria	2,497	100	13	5,905	236	18
Servicios	1,002	100	5	2,056	205	6
Comercio	3,025	100	16	6,088	201	18
Finanzas	343	100	2	1,028	299	3
Diversos	630	100	4	1,397	221	4
Gobierno	2,058	100	11	5,284	256	16
TOTAL:	18,707	100	100	33,711	180.2	100

(Fuente: Renta Nacional del Perú 1952-57, pág. 35)

En aquel lapso, 1951 a 1957, el Producto Nacional Bruto experimentó un crecimiento de 80.2 % o sea un aumento anual de 11.5 %. Por otra parte, observamos que la industria acusa un ritmo de crecimiento superior al de la agricultura, lo que nos revela que ésta va perdiendo el lugar preeminente que ocupaba dentro de la economía nacional; e igualmente notamos que la minería registra un aumento de 86 %. La prueba de este aserto lo constituyen su participación en la integración del Producto Bruto; pues mientras la agricultura representaba en el año 1951 el 37 % de la producción en 1957 su participación desciende al 23 %; en cambio la industria que en 1951 representó el 13 % en 1957 aumenta su participación al 18 % y las otras actividades económicas como por ejemplo la minería no ha alterado su participación en la producción pese a su apreciable desarrollo; y el comercio que experimentó un fuerte aumento en este lapso su contribución a la producción nacional denota un aumento de 2 % en 1957.

Los totales referentes al Producto Nacional Bruto en aquellos años se han obtenido deduciendo del valor bruto de la producción las cantidades de 15,059'813,000 y 35,567'371,000 por concepto de materias primas, energía y otros gastos deducibles y haciendo los respectivos ajustes de inventario. Ahora bien, a aquellos totales del Producto Bruto en los años 1951 y 1957 se les han deducido el importe de la depreciación y demás partidas de

esta naturaleza, obteniendo las cantidades de 15,391'441,000 y 25,820'422,000 que corresponden al Producto Nacional Neto en los períodos mencionados; y a su vez a éstos se les ha deducido los importes correspondientes a impuestos indirectos y la discrepancia estadística para obtener las cantidades de 14,523'661,000 y 23,655'315,000 que son los valores de la Renta Nacional en los años referidos.

RENTA NACIONAL POR ORIGEN

(en millones de soles)

	AÑOS					
	1951			1957		
INGRESOS	*Valor*	*Indice*	*%*	*Valor*	*Indice*	*%*
Total de sueldos y salarios	5,211	100	36	9,932	190	42
Participación patronos, independientes, colaboradores y otros	5,799	100	40	8,035	138	34
Renta predial	577	100	4	1,217	211	5
Utilidades (con impuestos)	2,656	100	18	3,396	127	14
Intereses	281	100	2	1,075	382	5
TOTAL:	14,524	100	100	23,655	162	100

(Fuente: Renta Nacional del Perú, pág. 36)

Las cifras que anteceden muestran que el sector de los trabajadores (obreros y empleados), en los años mencionados, ha percibido el 36 % y el 42 % de la renta nacional (valor de la producción al costo de los factores), en tanto que el sector capitalista (empresarios, propietarios y rentistas) ha percibido respectivamente el 64 % y el 58 %.

A fin de apreciar el poder adquisitivo de los ingresos de la comunidad y en especial de la clase trabajadora hacemos a continuación un cálculo de los precios reales de algunos artículos alimenticios y de la vestimenta tomando como base el salario de un obrero de construcción civil (peón) y los precios medio de la carne de vaca, de la leche fresca, del arroz, de un par de zapatos y de un terno de casimir nacional.

PRECIOS REALES (2)

AÑOS	Salario de un peón de construcción civil (A) S/.	Salario por hora (B) S/.	Precio de mercado (C) S/.	Precio real $\frac{C}{B}$ Esfuerzo
		DE UN KILO DE CARNE		
1945	4 20	0.52	2.08	4 horas
1950	12.00	1.50	6.20	4.1 „
1956	27.00	3.40	10.00	2.9 „
1960	36.00	4.50	18.00	4 „
		DE UN LITRO DE LECHE FRESCA		
1945	4.20	0.52	0.60	1.1 horas
1950	12.00	1.50	1.67	1.1 „
1956	27.00	3.40	2.10	— 36 minutos
1960	36.00	4.50	3.80	— 48 „
		DE UN PAR DE ZAPATOS CORRIENTES		
1945	4.20	0.52	25.00	48.07 horas
1950	12.00	1.50	70.00	46.7 „
1956	27.00	3.40	85.00	25 „
1960	36.00	4.50	160.00	36 „
		DE UN TERNO DE CASIMIR NACIONAL		
1945	4.20	0.52	250.00	480.7 horas
1950	12.00	1.50	550.00	366.6 „
1956	27.00	3.40	650.00	191.2 „
1960	36.00	4.50	1,000.00	222.2 „

Estas cifras expresan que el esfuerzo de este tipo de trabajador en el período comprendido entre 1956 al 60 se ha intensificado para poder adquirir un kilo de carne, un litro de leche, un par de zapatos, y un terno de casimir nacional, lo que está revelándonos asimismo la elevación experimentada por los precios y la no proporcional retribución al trabajo. Y de ellas podemos igualmente inferir el sacrificio que representará para un obrero de retribución inferior adquirir dichos productos.

Para apreciar la capacidad productiva del país, que es un factor importante en el desarrollo económico y en el bienestar de la comunidad, calculamos —a base de las siguientes cifras— la productividad del trabajo o del rendimiento por hora de trabajo-hombre.

Concretando nuestro análisis al rendimiento obtenido a base del "Producto Bruto a precios constantes de 1942" por ser más real ya que deja al margen las variaciones de orden monetario diremos que la productividad del trabajo en este lapso ha experimentado un incremento no tan halagador y que puede ser la causa del lento desarrollo del país, como veremos más adelante. Por otro lado, si confrontamos los rendimientos de 1956 y 1957 se observa un decremento de 0.8 %. Indudablemente que la restringida productividad del país se debe a que nuestros hombres de negocios confían obtener el mayor rendimiento de sus actividades a base del esfuerzo físico y espiritual de las clases trabajadoras, sin preocuparse de mejorar sus condiciones de trabajo, sus retribuciones y sin dar importancia a la renovación o modernización de los equipos industriales y de los procedimientos tecnológicos aplicables a la industria y demás actividades. La mayor productividad no se obtiene pues a través del desgaste de las energías humanas de los trabajadores ni a través de la rigurosa eficiencia de la gerencia como

PRODUCTIVIDAD DEL TRABAJO (3)

AÑOS	Número de obreros y empleados (A)	Jornada individual en un año (ds. 290 x 8 hs.) (B)	Total de horas de trabajo en el año (A x B)	Producto Nacional Bruto a los precios de mercado (C) S/.	Producto Nacional Bruto a los precios de 1942 (D) S/.	Productividad (Producción por hora) C / (A x B)	Productividad (Producción por hora) D / (A x B)
1951	1'154,281	2,320	2,677'931,926	18,706'354,000	5,125'000,000	6.09	1.9
1956	1'282,389	2,320	2,975'142,480	31,626'000,000	6,389'000,000	10.63	2.14
1957	1'319,994	2,320	3,062'386,080	33,711'000,000	6,337'000,000	11.0	2.06

lo sostienen muchos técnicos o expertos nacionales en productividad, sino que, por el contrario, tal exigencia de sacrificios a las clases trabajadoras a la larga los lleva a incurrir en el rendimiento decreciente, si es que no se les pone en contacto con equipos perfeccionados y con mejores condiciones de vida. "La productividad no tiene evidentemente nada que ver con el esfuerzo físico individual del trabajador; depende de condiciones naturales, de las máquinas y de las herramientas, de la energía mecánica utilizada y de un gran número de elementos de los cuales estudiaremos algunos más adelante. Pero no es cuestión del esfuerzo humano. Sansón, encadenado, con los ojos reventados y apaleado sin cesar, trituraba y cernía escasamente 50 Kgs. de trigo al día; en nuestros molinos más modestos, el molinero puede tratar una tonelada por día. En los pintorescos montes que rodean el lago de Como, hombres y mujeres siegan todavía con la hoz un trigo escaso, sin ningún camino que dé acceso a estas parcelas de unas decenas de metros cuadrados. Cubiertos de sudor, con harapos, extenuados, siegan y agavillan menos de media área de trigo por hora; les hará falta cerca de otra hora para trillarla, mientras que desde lo alto de su máquina segadora —trilladora el agricultor de la llanura del Po siega y trilla un área en 35 segundos. La velocidad de producción depende esencialmente de la organización del trabajo, de la previsión de las tareas y de las inversiones. Por esta razón se puede decir que la productividad es a la vez una medida del poder adquisitivo y una medida del progreso técnico". (Fourastié). "Según se sabe, tanto el nivel de productividad como, por consiguiente, las escalas de crecimiento de la producción, mantienen una relación de dependencia directa respecto de la perfección técnica de las herramientas utilizadas en el trabajo, como también del grado de progreso de los procesos tecnológicos. Cuanto más elevado sea el nivel técnico de la producción, tanto más productivo será el trabajo y tanto mayor será la producción entregada a la vez que se elevará sistemáticamente su calidad. (A. A. Joteev).

Las dos partidas fundamentales del gasto nacional, esto es el consumo y la inversión han seguido en este lapso una tendencia ascendente. Sin embargo como estas cifras están influidas por la depreciación monetaria, más adelante vamos a hacer un análisis de la inversión en términos más reales, poniendo frente a frente su incremento valorizado en soles y en dólares. La partida Transacciones Corrientes representa aquella parte del Producto Bruto destinada al intercambio de merca-

derías y servicios con el exterior, que como puede apreciarse en todos estos años entraña saldos negativos o sea que el Perú por este concepto de Transacciones Corrientes ha tenido que hacer mayores pagos al exterior por concepto de importaciones y servicios que los recibidos por conceptos de nuestras exportaciones y otros. Y la partida denominada Gobierno muestra el total de gastos del sector público en cuanto a bienes de consumo y a bienes de inversión.

GASTO NACIONAL BRUTO

(en millones de soles)

CONCEPTO	AÑOS								
	1951			1954			1957		
	Valor	Indice	%	Valor	Indice	%	Valor	Indice	%
Gastos personales de consumo	12,789	100	69	17,202	135	69	22,901	176	68
Inversiones Brutas	5,079	100	27	5,874	116	23	9,970	196	30
Transacciones corrientes (saldo)	− 518	−100	− 3	− 231	− 44	− 1	−2,707	−523	− 8
Gobierno	1,356	100	7	2,237	164	9	3,547	262	10
	18.706	100	100	25,082	134	100	33,711	180	100

(Fuente: Renta Nacional del Perú 1942-1957, pág. 35)

INVERSION

(en millones de soles y dólares)

AÑOS	Inversión Neta		Inversión para reposición		Inversión Bruta en el país	
S/.	US $	S/.	US $		S/.	US $
1951	2,954	195	2,125	140	5,079	335
1955	3,496	182	4,137	216	7,633	398
1956	1,704	29	7,021	365	8,725	454
1957	443	23	9,527	500	9.970	523

(*Fuente: Renta Nacional del Perú* 1902/1957, *pág.* 38).

El año de 1957 marca un considerable descenso en el volumen de la inversión neta lo que es muy desfavorable para el desarrollo económico nacional, puesto que este tipo de inversión constituye la verdadera capitalización o formación de equipos o bienes capitales en la economía de un país. Y no es exagerado afirmar que desde el año 1956 se viene registrando en el país un ritmo de capitalización lento que de no contrarrestarse puede rayar en su enorme perjuicio para nuestro crecimiento económico. La partida de Inversión para Reposición que aparece en el cuadro de arriba expresa la depreciación, la obsolescencia y demás partidas que representan desgaste, pérdidas por catástrofe, etc.

Como consecuencia de estos hechos tenemos que la tasa de inversión neta con relación al Producto Bruto descendió de 15.8 % en 1951 a 1.3 % en 1957; y con relación a la renta nacional decreció de 20.3% en el año 1951 a 1.9% al último año de este período. Este exiguo coeficiente de inversión es la causa del lento crecimiento del producto bruto real (a los precios constantes de 1942), registrado en los últimos años.

CRECIMIENTO ECONOMICO DEL PERU (4)

AÑOS	Población	Producto Bruto ajustado a los precios de 1942 (en millones de soles)	Producto Per-cápita	% de aumento anual del producto Per-cápita (tasa de crecimiento)	% Aumento anual Población
1950	8'673.900	4.576	527	——	2.22
1951	8'837,600	5.125	580	10.05	1.89
1952	8'949,546	5.376	600	3.44	1.27
1953	9'125,736	5.329	583	— 2.85	1.97
1954	9'304,717	5.599	601	3.08	1.96
1955	9'518,649	6.085	639	6.32	2.25
1956	9'787,000	6.389	652	2.03	2.82
1957	10'068,000	6.337	629	— 3.53	2.87
			Promedio:	2.31 %	2.15 %

De estas cifras se desprenden, 1) que de 1956 a 1957 ha sido nulo el crecimiento económico del país, indudablemente debido a la reducida tasa de inversión neta (1.9 %) en este último año; 2) que la tasa promedio de crecimiento económico (2.31 %) alcanza a cubrir pero en forma muy limitada la tasa promedio de crecimiento de la población (2.15 %); y 3) que el reducido producto per-cápita, la reducida tasa de inversión y la reducida tasa de crecimiento colocan al Perú en la categoría de un país de economía insuficientemente desarrollada.

En conclusión:

Para que el Perú pueda acelerar su ritmo de crecimiento económico es imperativo acrecentar su volumen de inversión, ya sea recurriendo a los ahorros internos o a los capitales de procedencia foránea. Que las inversiones se dirijan no sólo a la explotación de industrias de materias primas sino a promover industrias de bienes de uso y de consumo que permitan elevar el nivel de vida, ya que si bien es cierto que las primeras aumentan el nivel de ocupación, también es verdad que por sí solas no contribuyen directamente a mejorar el standard de vida de la nación en su conjunto, a menos que se disponga de aquellos bienes que permitan satisfacer las necesidades de la colectividad. El Perú no solamente debe ser un mercado de abastecimiento de materias primas para los países inversionistas sino que es necesario orientar la inversión internacional, sea oficial o privada, con miras a constituir nuestra estructura industrial productora de bienes de consumo, de equipos en lo que sea posible y según nuestras condiciones económicas y técnicas, de fuentes de energía que faciliten la instalación de otros tipos de industrias, etc.

Lima, Octubre 14 de 1960

(1) Estas cifras corresponden a los precios del mercado; en las estadísticas sobre la renta nacional no existen cifras sobre el Producto Bruto por actividades a precios constantes.

(2) Los datos sobre los salarios de los obreros de construcción civil han sido proporcionados por la Sección Estadística del Ministerio de Trabajo y Asuntos Indígenas.

(3) Cuadro obtenido a base de cálculo con las estadísticas sobre Producto Bruto y número de ocupados que aparecen en la Renta Nacional.

(4) Cuadro obtenido mediante cálculo con las estadísticas sobre Producto Bruto a precios constantes y sobre la Población que aparecen en la Renta Nacional.

Declaración del Partido Aprista Peruano

El proyecto del Poder Ejecutivo destinado a incorporar al Código Penal disposiciones que impidan y sancionen el llamado delito de "disolución social", que fuera aprobado por el Senado de la República, así como el sustitorio aprobado en la Cámara de Diputados —que hace adiciones al Art. 302 del mismo Código— han dado origen a importantes debates y provocado la preocupación cívica del país. Tales proyectos han surgido, según denuncia del gobierno, como consecuencia de un plan subversivo al servicio de intereses antidemocráticos y foráneos.

Esta situación reclama de los partidos políticos fijar o reiterar posiciones. En consecuencia, el Partido Aprista Peruano declara:

1o.— El Partido del Pueblo, leal a su indeclinable línea democrática, ha sido siempre y es opuesto a cualquier tipo de leyes de excepción o discriminación política, por cuanto ellas afectan, negándolas, las normas de la democracia.

2o.— La posición del aprismo a las leyes de excepción no sólo se funda en razones de principio, sino en la experiencia sufrida por el pueblo durante el imperio de aquéllas. Precisamente, el Partido Aprista Peruano carece de representación parlamentaria en el actual Congreso y no pudo presentar candidatos en las elecciones de 1956, por haber sido víctima del genocidio de las leyes de discriminación política imperantes entonces. Debemos recordar al respecto, que muchos de los que ahora fungen de "defensores de la libertad", como el diario "El Comercio", cómplice de todas las tiranías, centenario portavoz de la antipatria, y resentido propagador de la agitación comunista, fueron sostenedores de todas las leyes de excepción impuestas al país en los últimos treinta años. Desde la ensangrentada "Ley de Emergencia" que violó la majestad del Parlamento y sancionó crímenes y fusilamientos, hasta la denominada de "Seguridad Interior" que, durante la dictadura fenecida en 1956, amparó la violación de todos los derechos ciudadanos.

3o.— Respecto a la acción comunista en el Perú, al servicio de potencias extranjeras, debemos recordar también que el Partido del Pueblo es el único movimiento político del país, que sin lapso de transigencia en treinta años de historia, se enfrentó al comunismo y sus secuaces. Podemos enorgullecernos los apristas de haber mantenido esta actitud en todos los ámbitos; sea en el orden doctrinario o en el terreno de la lucha política, sindical o estudiantil. Y tanto por esta experiencia como por razones principistas, considera el aprismo que la eliminación del peligro comunista no será obra de leyes prohibidas o medidas policiales. La victoria sobre el comunismo se ha de alcanzar venciendo a la miseria y a la ignorancia hasta convertir en realidad el ideal de LIBERTAD CON PAN.

4o.—El Partido Aprista Peruano reitera en esta oportunidad su decisión indeclinable de defender el régimen democrático, enfrentando con íntegra movilización de sus fuerzas cualquier agresión totalitaria o dictatorial.

5o.— Y ante la trascendencia de los problemas nacionales, el Partido del Pueblo insiste en la invitación formulada a los partidos democráticos, para adquirir un público compromiso respecto a la defensa común de las instituciones republicanas, al perfeccionamiento del régimen electoral que garantice la pureza del sufragio y el respeto a los resultados de los comicios de 1962. Cree el Partido Aprista que a través de este compromiso, que ha propuesto desde julio de 1956, el Perú logrará, dentro de un estricto respeto a todas las libertades cívicas, la más patriótica solución a los urgentes problemas del país.

Lima, 6 de enero de 1961.

EL COMITE EJECUTIVO NACIONAL DEL P. A. P.

Ideario del Partido Aprista Peruano

I

El Partido Aprista Peruano, organizado como Frente Unico de los Trabajadores Manuales e Intelectuales del Perú, defiende los intereses de las mayorías productoras, sostiene la democracia integra y tiene por meta implantar la más amplia Justicia Social .

II

El Partido Aprista Peruano rechaza todo movimiento o tendencia imperialista, totalitaria o negadora de la democracia, de origen nacional o extranjero. Considera que para alcanzar plenamente la institucionalidad democrática se requiere la organización de un Cuarto Poder, el Poder Económico, que representando los intereses del Estado, el Capital y el Trabajo, despierte, estimule y canalice las fuerzas productivas de la Nación.

III

El Partido Aprista Peruano propugna la vigencia efectiva en el Perú de las garantías democráticas, su perfeccionamiento progresivo, y el respeto ilimitado a los Derechos del Hombre y a las libertades fundamentales, sin excepciones, como las establece la Declaración Universal de los Derechos Humanos, aprobada por la Asamblea de las Naciones Unidas el 10 de diciembre de 1948.

IV

Aspira también a que las generaciones futuras del Perú no sufran el flajelo de las tiranías que durante décadas han castigado al pais y detenido su progreso, y anhela que el principio de la convivecia democrática nacional se afiance y complete como un sistema de justas relaciones permanentes de los partidos entre sí y de éstos con los gobiernos legalmente constituídos.

V

Se propone llevar a la realidad la democracia política, económica y funcional que informa su doctrina, y para ello propicia impulsar el desarrollo económico, suprimir las formas feudales de la economía, estimular y tecnificar la agricultura y promover la industrialización mediante un planeamiento cabal que conduzca a la explotación científica de los vastos recursos naturales del país, con el objeto de elevar la productividad y el nivel de vida material y espiritual de la población del Perú, redimiendo integralmente al indio y proscribiendo la explotación del hombre por el hombre.

VI

Consecuente con la tradición de unidad que nos legaron los Libertadores, y, consciente del proceso mundial que propende a la formación de grandes agrupaciones continentales decisorias en política y economía internacionales, el Partido Aprista Peruano propicia, como lo propugna su programa, la unidad indoamericana, mediante una eficaz y progresiva coordinación económica y política, y por medio de la formación de un mercado común en Indoamérica y de una firme consolidación de nuestros regímenes democráticos.

VII

Asimismo el Partido Aprista Peruano propicia como sistema de relaciones equilibrado y justo entre los Estados que integran el Nuevo Mundo, el INTERAMERICANISMO DEMOCRATICO SIN IMPERIO, principio que responde al mantenimiento de las soberanías interdependientes y a la cooperación económica y financiera en el campo de la asistencia técnica sin supeditaciones ni hegemonías.

VIII

El Partido Aprista Peruano inspirado en sus ideales pacifistas, reafirma su propósito de que el Perú contribuya a la defensa de la paz mundial, en coordinación con los otros Estados de Indoamérica.

IX

El Partido Aprista Peruano reitera que su doctrina se basa en los principios programáticos del APRA; y, que es un movimiento político, económico y social de origen y proyecciones peruanas, sin ninguna vinculación ni nexo con movimientos políticos extracontinentales, ni subordinación a organismos políticos internacionales. El Partido Aprista Peruano, responde, por tanto, a nuestra realidad económica, política y social.

X

El Partido Aprista Peruano declara que su Programa y Plan de Gobierno constituye decidido y desinteresado aporte a la solución de los grandes problemas nacionales y regionales. Los entrega al Perú, sin ningún exclusivismo, anheloso de participar en todo movimiento que conduzca a la elevación económica, política, moral y cultural de la República.

(Aprobado por el III Congreso Nacional del Partido del Pueblo, el 28 de Julio de 1957).



EETSA — CAMANA 972